

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE

SERVICIO SECRETO

AVERNUS

SILVER KANE



AVERNUS

SS Nº 1096

Autor: Silver Kane

UUID: ae299cfe-b17d-4255-b1f1-ff4553bfd83e

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

LA mujer cruzó lentamente el paso de peatones, mientras vigilaba con el rabillo del ojo las intermitencias de la luz color ámbar. Pensó que era una tontería mantener el semáforo en servicio durante toda la noche. Al fin y al cabo por allí no iba a pasar ningún automóvil a aquella hora.

La mole de la catedral de San Pedro destacaba como un extraño y enorme fantasma que flotase en la niebla.

Londres es una ciudad donde la gente se levanta temprano para trabajar, aunque luego la jornada sea bastante reducida. Por las cercanías de la vieja catedral protestante, no hay apenas tráfico a las tres de la madrugada.

La mujer llegó a la otra acera:

Pensó que aquel trabajo era una lata.

Una esclavitud.

Dormir toda la tarde, levantarse a medianoche, cenar, arreglarse y hacia las tres presentarse en Fleet Street, la calle de los periódicos de Londres, el centro de la Prensa más importante del mundo. A aquella hora las enormes rotativas ya estaban efectuando las tiradas que poco después saldrían en tren y en coches especiales para los más apartados rincones del país. En las platinas de las imprentas ya no quedaba plomo. Por las redacciones vacías flotaban como fantasmas los últimos redactores de guardia. Sobre las mesas alguna galerada corregida, centenares de puntas de cigarrillo y alguna botella de whisky chupada, mamada y aprovechada hasta la última gota.

La mujer conocía muy bien aquello.

Diez años en Fleet Street.

Diez años limpiando redacciones para que a las ocho de la mañana volviera a estar todo perfecto otra vez. Diez años recibiendo de tarde en tarde algún pellizco —porque aún era joven y aún oscilaban apetitosamente sus caderas al andar— y alguna vez teniendo que sacar a la calle medio a rastras a uno o dos periodistas borrachos.

Diez años y así siempre.

Hasta que la jubilaran, hasta que ya no fuera apetitosa, hasta que tuviera que pegarse una libra esterlina al final de la espalda a ver si así se decidía a pellizcarla alguien.

Dobló la primera esquina.

¡Uf, qué frío hacía!

¡Qué viento más racheado y más húmedo venía del Támesis!

Apretó el paso.

No era sólo por el frío.

Es que pensaba una tontería.

Recordaba lo que le había dicho la noche anterior Stanley, el redactor de sucesos, mientras los dos se repartían un vaso de whisky a espaldas del redactor jefe.

—Cualquier noche sale un sádico y te arranca la piel a tiras, Mona. No, no es por meterte miedo. ¡Pero abunda cada sádico por ahí! Sale de una esquina, te agarra por el cuello y... ¡Uf, no quiero ni pensarlo! Tendríamos que parar las máquinas, arreglar la primera plana y colocar tu retrato bien grandote, para que lo viese todo el mundo. Aunque no sé si valdría la pena. Quedarías tan desfigurada... Yo iría con cuidado, Mona. Es posible que eso te suceda. Mejor dicho es seguro que te sucederá. Por lo tanto sería buena chica, aprovecharía el tiempo y daría de vez en cuando un poco de gusto a los buenos amigos, qué cuerno.

Acto seguido había intentado alargar las dos manos.

Stanley era de los que no se equivocaban de objetivo.

Iba al asunto en línea recta.

Ella había tenido que atizarle un escobazo, mientras le decía que en la sección de sucesos saldría él. Y había decidido olvidarse del asunto.

Pero ahora no podía.

Era como si sus palabras flotaran aún en el aire.

En la niebla.

¡Había tantas esquinas misteriosas en las calles de Londres!
¡Tantas figuras misteriosas que de vez en cuando flotaban,
aparecían, se esfumaban en el aire! ¡Tantos espectros que parecían
vagar desde siempre a las orillas, del Támesis!

Cada día se cometían crímenes.

¿Y por qué no ella?

¿Por qué no Mona, una mujer aún bonita y que se ofrecía como
víctima propiciatoria —¡porque hay que ganarse el pan, caramba!
— a las tres de la madrugada?

Una racha de viento se le llevó el pequeño sombrero con que
por coquetería adornaba su cabeza. Porque Mona no quería parecer
una chica de la limpieza, sino una señora.

Corrió tras él, porque la racha de viento seguía.

Mona lo atrapó al fin, le puso el pie encima, se inclinó para
recogerlo y sacudirlo y luego alzó la cabeza.

Poco a poco.

Sintiendo una cosa muy extraña en el cuello.

En la boca.

No comprendió al principio lo que era, pero luego se dio cuenta.
Era el frío del miedo.

Era una extraña, una helada, una penetrante sensación de
muerte.

Los pies del hombre estaban allí.

¿Pero eran aquellos unos pies?...

¿O eran...? ¿O eran?...

Allí estaba su cuerpo.

¿Pero era aquel un cuerpo humano?

Allí estaba su cara..., si es que aquello era una cara. Allí estaban
sus manos..., ¡si es que aquello habían sido las manos de un
hombre alguna vez!

Mona sintió su propio grito como si lo lanzara otra mujer.

Un grito agudo, penetrante, angustioso, inhumano.

Un grito donde iban todas las fuerzas de su vida, que se negaba
a ser exterminada.

Aquello avanzó dos pasos hacia Mona.

Aquello la sujetó.

Mona ya no pudo gritar por segunda vez. El miedo la agarrotaba, le helaba la sangre, le impedía mover un músculo.

El terror más absoluto que había sentido jamás.

El terror a lo imposible...

Y su sangre saltó sobre el cercano escaparate, sobre el toldo, sobre las baldosas de la acera. La humedad del Támesis se tiñó de sangre. Poco a poco se tiñó de sangre la noche condenada de Londres...

* * *

El hombre dobló la primera página del Daily Mail, uno de los periódicos de más venta del mundo entero, y miró la fotografía de la mujer. Era ya madura, pero conservaba cierta gracia juvenil y cierta picardía muy callejera. Junto a ella había otra foto: ésta obtenida con flash: el de un cuerpo humano cubierto por una manta en la calle, y por debajo del cual se filtraban dos ríos de sangre.

El hombre murmuró:

—Hum... También es casualidad.

El poderoso Daily Mail había parado sus máquinas, había rehecho la teja de la primera plana y había retrasado unos minutos su edición que valía una fortuna, por servir la noticia aún caliente, la noticia palpitante que esta vez le afectaba de cerca, aunque fuera en sus escalones más humildes: una de sus mujeres de limpieza había sido brutalmente asesinada en un lugar próximo a Fleet Street. Había sido destrozada de tal modo que su cuerpo era irreconocible.

El pie de las fotos, donde se contenía la apresurada información, terminaba diciendo: «NI QUE LA HUBIESE ATACADO UN TIGRE O UN ANIMAL PREHISTÓRICO. ¡SENCILLAMENTE HORRIBLE!»

El hombre guardó el ejemplar en el bolsillo.

Sí, sencillamente horrible.

Parecía mentira que esas cosas pudieran suceder en Londres, el por otra parte alegre Londres de las chicas que se casan a los catorce años, de los espectáculos atrevidos tipo *Hair*, de los *hippies* con melenas y de Carnaby Street. Un Londres que se parece muy

poco al de Jack el Destripador y de los funcionarios con paraguas y bombín que dieron su fisonomía a toda una época.

El hombre añadió además:

—Increíble...

Pero tenía otras cosas en que pensar.

Cosas muy graves y que afectaban decisivamente a su futuro profesional, un futuro que en estos momentos no le hubiera envidiado nadie. Que no valía diez chelines, vamos.

En el portal donde entró, cerca de Regents Street, docenas de placas metálicas indicaban los nombres de los inquilinos de los pisos. Todo eran despachos allí. Desde los de poderosas compañías de seguros hasta el más modesto, el que le interesaba a él: «EDICIONES J. FLOOKER. GRANDES EXCLUSIVAS INTERNACIONALES».

Lo de «grandes exclusivas» era pura filfa. Allí no había nada que fuese grande.

Pero, en fin, de algún sitio tiene uno que sacar para vivir. Y Flooker, al menos, pagaba puntualmente.

El hombre, que era joven y de aspecto agradable, aunque con ése no sé qué tienen los fracasados, entró sin llamar en las oficinas de Flooker.

Le conocían bien allí.

Empezando por las chicas que se preparaban las primeras tazas de café de la mañana y que se sentaban de cualquier manera, enseñando hasta arriba las piernas.

Una colección de piernas no demasiado selecta, después de todo.

La que las tenía sensacionales era Gwen.

Pero a Gwen, que además llevaba las medias más bonitas y más sexy de todas ellas, no la vio allí aquella mañana.

Mary, la más madurita, puso sus considerables posaderas sobre una mesa.

—Hola, Barton. ¿Qué? ¿Vienes a ver al ogro?

—Exacto. Hoy es lunes, día de pago.

—¿Tratas de sacarle un penique?

—Eso es lo que espero, al menos. Si no me da algo de dinero tendré que buscar alojamiento en la cárcel. Por cierto, ¿dónde está

Gwen?

—La despidieron.

—¿Queeee?...

Lauren, una de las que no tenía las piernas nada mal, las cruzó de una manera excitante.

—La despidieron, chico. Eso es. Así tendrás idea de cómo está el patio.

—¿Pero por qué? ¿Había hecho algo malo?

—¡Qué va! Lo único malo que hizo fue ser la más jovencita. Había entrado hace poco y por tanto era la que tenía derecho a menos indemnización. Esa sanguijuela de ahí dentro —y señaló el despacho de Flooker— está reduciendo personal. Dice que le sale más barato pagar indemnizaciones que sueldos y seguros. No sé si tiene razón, Barton. Lo cierto es que las ediciones no se venden y las devoluciones aumentan.

Con estos informes, Barton entró en el despacho de Flooker hecho un gusano.

Pensaba exigir cien libras, y al entrar rebajó sus pretensiones y se dijo a sí mismo que suplicaría cincuenta. Pero la cara de Flooker le hizo comprender que de allí saldría tal vez con los bolsillos más vacíos que cuando franqueó la puerta.

Flooker le señaló una especie de gráfico de ventas. Barton no entendía demasiado de eso, pero lo que vio fue que todas las líneas iban hacia abajo.

—Le confieso que puse muchas esperanzas en ese cuaderno de aventuras, Barton. Usted es el dibujante y el guionista todo en una pieza. Usted tiene las ideas y usted las realiza sobre el papel. Pero el éxito no nos ha acompañado, amigo. No se vende nada.

—No lo entiendo. El guion y el dibujo son buenos... Me tengo por un profesional con experiencia, señor Flooker. Nunca he sido un genio. Pero sé distinguir lo que vale de lo que no vale, qué caramba. Y los cuadernos que he preparado para usted tienen garra. ¿Quiere decir que la culpa no ha sido de la distribución? ¿La distribución ha sido correcta?

La cara que puso Flooker indicó a Barton que había dado en el clavo. Flooker no vendía ni distribuía bien. Su organización comercial era detestable.

Y, naturalmente, como siempre que a uno le dicen las verdades, Flooker se puso furioso.

—¡He tenido el máximo interés en distribuir bien ese cuaderno de aventuras, Barton! Yo mismo me he encargado de muchos detalles y he visitado personalmente muchos puntos de venta. Lo que ocurre es que nos equivocamos al planear el personaje. Mejor dicho, USTED se equivocó.

—El personaje, ese extraño ser llamado Avernus, tiene atractivo, señor Flooker. Y las aventuras son interesantes.

—No me diga... ¡Vaya, hombre! ¡Ahora resulta que es interesante! —le señaló con el dedo—. ¡No! ¡Y no me diga usted, Barton, que en manos de otro editor pudo haber sido un éxito! Su amigo Avernus tiene un defecto fundamental: es un personaje increíble. El hecho de que una explosión atómica desvela en las profundidades de la tierra unas grutas prehistóricas donde aún hay seres vivos, es difícilmente digerible para los lectores de hoy. Pero que uno de esos personajes sea una especie de monstruo mitad hombre mitad bestia, con la cara cubierta de escamas verdes, los pies de lagarto y las zarpas de tigre, no se lo traga nadie. Un personaje así NO LE ENTRA a la gente. Reconozco que usted lo ha dibujado bien, pero tiene demasiada fantasía. Haga algo más real, Barton. No me traiga personajes de los que usted imagina en sus noches de borrachera.

Pensó que aquella alusión a la afición que sentía Barton por empinar el codo, indignaría al guionista dibujante. Pero Barton se limitó a hundir los hombros con un gesto de derrota.

—Reconozco que a veces bebo, señor Flooker. Que a veces incluso me emborracho de verdad. Pero si hago eso es porque soy un fracasado, porque nunca he llegado a ninguna parte.

—Me parece bien que beba, Barton. Todo el mundo es libre. Pero al menos no imagine a sus personajes mientras está borracho.

Barton entrelazó los dedos.

Sus facciones reflejaban una extraña inquietud, una extraña pesadumbre.

¿O era algo más?

¿Tal vez era también MIEDO?

Resultaba tan nuevo y tan inquietante lo que había en las

facciones de su colaborador, que Flooker se creyó obligado a preguntar.

—¿Le sucede algo, Barton?

—Usted no va a creerme, Flooker.

—¿Qué es lo que no voy a creer?

—Usted dice que Avernus es absurdo y fantástico.

—Lo es. Es lo más absurdo y lo más fantástico con que me he tropezado en mi vida.

—Por eso digo que no va a creerme.

—¿Pero qué es lo que no voy a creer yo, cuerno?

Barton dijo con un soplo de voz:

—AVERNUS EXISTE.

Si no llega a ser por aquella expresión patética, si no llega a ser porque en la cara de Barton había realmente sinceridad, inquietud y miedo, Flooker no se hubiera molestado nunca en tomar en serio aquellas palabras. Hasta se hubiera echado a reír.

Pero la expresión de Barton reflejaba tal sufrimiento, tanta angustia que Flooker se dejó caer en su asiento y balbució:

—¿Qué idiotez es esa? ¿Qué está diciendo, Barton?

—Sólo esto: Avernus existe.

—¿Cómo se atreve a afirmar una tontería semejante?

—Porque yo lo vi.

—¿Cuándo?

—Una noche.

—¿Y dónde?

—En un solar del barrio de Whitechapel, cerca de una taberna.

—Ah, vaya... Estaba usted tarumba.

—Reconozco que había bebido, pero no sufrí ninguna alucinación. Incluso reconozco que había dormido la mona entre unos cascotes y entre unos escombros, pero al despertar lo vi. Venía de la calle y se metía en las profundidades del solar. Luego desapareció.

—Seguiría usted dormido, Barton. En el delirio de la borrachera se le ocurrió soñar en un personaje así... ¡y hala, ya estamos listos! ¡A dibujarlo y a traérselo al pobre Flooker para que lo edite y pierda hasta la camisa!

—No estaba dormido, Flooker. Le juro que ya no lo estaba. Tanto que al arrastrarme para verlo mejor sufrí una herida. Mire.

Le enseñó la muñeca, que estaba cicatrizada ya, pero mostraba las huellas de un profundo corte. Era la izquierda, en lo cual había tenido suerte Barton, porque si llegaba a ser la derecha ya no puede dibujar. Pero Flooker hubo de reconocer que un tío con una herida así resultaba muy difícil que siguiese dormido.

—¿Se la hizo aquella noche en Whitechapel? ¿No se la haría en otro sitio?

Barton mostró un certificado.

Era extraña la cantidad de pruebas que estaba acumulando sobre aquel asunto.

—Mire, es justamente del dispensario público del barrio de Whitechapel. Vea la fecha y especialmente la hora: las dos de la madrugada. Pedí un certificado por si durante algunos días no podía dibujar. Para que usted no dijese que incumplía nuestro contrato.

—¿Y... y Avernus era tal como usted lo ha dibujado luego?

—Exacto. Pies de lagarto, zarpas de tigre y cara de forma humana, pero cubierta de escamas verdes. Yo estaba tan petrificado por el horror que no pude ni moverme. ¿Cómo cree que eso puede ser mentira? ¿Yo he mentado alguna vez, señor Flooker? Puedo ser un borracho, pero soy una persona honesta. ¿Piensa que sin haber visto a ese monstruo hubiera podido dibujarlo con tanto detalle, con tanta exactitud?

Sus manos seguían temblando.

Había algo de inquietante en su figura, en su abatimiento, en el mismo aire que le rodeaba.

Un aire que parecía haberse cargado de electricidad.

Hasta el color de los objetos había cambiado.

Ahora todos los objetos parecían tener un color metálico.

Flooker sintió una rara opresión en el pecho.

Y de repente se echó a reír.

De repente toda aquella angustia, todo aquel suspense, se esfumaron como una pompa de jabón que estalla.

—¡Vamos, Barton! ¡No me haga sentirme borracho a mí también! ¡Ese Avernus de los demonios no sólo no existe, sino que

además me ha hecho perder dinero! ¿Y sabe qué voy a hacer con él? ¡Eliminarlo! ¡Enviarlo al infierno! ¡Ya estoy harto de ver en mis almacenes miles de cuadernos sin vender que llevan su figura! ¡No quiero que me lo dibuje más! ¡No me lo traiga! A partir de ahora: «Kaputt». ¡Lo siento, Barton, porque le dejo sin empleo, pero en nuestro contrato ya figura la posibilidad de rescisión si el personaje no tiene éxito! Y desengañese... ¡su Avernus es un pedazo de papel que no sirve para nada! ¡La vida no admite fantasías, sino números! ¡Por eso es tan cruel! ¡Olvídelo!

Barton dijo con expresión de hombre derrotado:

—Trataré de olvidarlo, señor Flooker, pero no sé si podré.

—¡Diablos! ¡Pero no lo piense más! ¿No se ha dado cuenta de que lo imaginó estando borracho?

—No estaba borracho, señor Flooker. Le aseguro que no lo estaba. Y desde entonces, cada vez que he dibujado a Avernus, he sentido como un estremecimiento. Para mí ha sido un suplicio. He querido olvidarlo, pero no podía. Antes de traerle el cuaderno, dibujé docenas de personajes distintos, tratando de borrar a Avernus de mi mente. Pero al final mis dedos lo dibujaban. Era como una pesadilla. Desde entonces he enflaquecido. Eso es algo que no he explicado nunca antes de ahora, señor Flooker, porque me gusta guardar las apariencias. Pero vea qué aspecto tengo.

En efecto, Barton siempre había tenido un no sé qué de hombre derrotado y acabado. Incluso cuando iba bien vestido daba la sensación de que el traje lo estaba pagando a plazos. Pero ahora aquella sensación que producía era casi punzante. Flooker lo atribuyó a dificultades económicas y, en un rasgo que a él mismo le dio miedo murmuró:

—No se preocupe. A pesar de que sus cuadernos de aventuras se hayan ido al agua, yo le anticiparé cincuenta libras a cuenta de otros trabajos.

Barton se había puesto en pie.

Estaba como ausente, como alelado.

Mientras caminaba hacia la puerta susurró:

—No, no me las dé, señor Flooker. Ahora he comprendido que nada tiene sentido. Déjelo. No vale la pena.

Y salió.

Flooker se quedó alelado también, con el talonario de cheques en la derecha.

Pero lo guardó enseguida.

—Claro... —bisbiseó—. Puede que nada valga la pena... ¡pero me he ahorrado cincuenta libras, qué cuerno!

* * *

Flooker dedicó el resto del día a diversas actividades, unas perfectamente legítimas y otras no tanto.

Entre las legítimas figuraron el hacer un balance que le puso de un humor de perros; el pagar unas cuentas atrasadas; el negarse a admitir a dos aspirantes que le pidieron un empleo; el tratar de largar un pellizco a Lauren y en recibir a cambio un puntapié en la espinilla; el atizarse dos platos combinados en el *selfservice* de la esquina y el telefonar a su mujer diciendo que volvería tarde a casa.

Las cosas no tan legítimas consistieron en hacer un nuevo intento con Gwen, prometiéndole que volvería a admitirla si era un poco más amable que antes. Porque el despido de Gwen se debía no sólo a que había que darle menos indemnización, sino a que con Gwen no había modo de hacer andar los dedos. Como obtuvo un fracaso, Flooker se puso de mala jeta y se fue a ver a Patrice, que era mucho menos exigente y que de vez en cuando —más o menos, según lo achuchada que iba la vida— recibía amigos en su pisito del Soho.

Flooker estuvo allí hasta la una.

Había bebido algo.

Patrice era de las que largan pocos besos pero muchos tragos de whisky. Así mareaba a sus amigos y les sacaba lo que quería.

Flooker no andaba demasiado sereno.

Pero veía bien.

Veía perfectamente cuando se metió por el laberinto de aquel parking al aire libre donde había dejado su coche. Toneladas y toneladas de chapa numerada y matriculada descansaban bajo las estrellas. No se veía a un alma. Algunos viejos edificios que estaban siendo derribados para construir un parking de pisos, daban al escenario una apariencia malsana, casi fantasmal.

Flooker se perdió buscando su coche.

Al fin recordó que lo había dejado muy cerca de las pilas de cascotes de los derribos.

Se acercó allí y encendió un cigarrillo.

Fue entonces cuando lo vio.

Fue entonces cuando vio aquellos increíbles pies de lagarto, que parecían surgidos de los mismísimos infiernos de la noche. Fue entonces cuando vio aquella cara que tenía forma humana, pero... ¡pero que estaba llena de escamas verdes! ¡Fue entonces cuando vio las zarpas que avanzaban hacia él a través de las tinieblas!

Lanzó un grito de horror.

Un grito de horror ahogado, gutural, ronco.

Un grito como los que lanzaban en el momento de morir los personajes de sus cuadernos de aventuras, los personajes de sus cómics.

Un «AUUUUG» que pareció retorcerse en el aire.

Las zarpas buscaron su garganta.

Se clavaron en ella.

¡Hicieron que un coche negro se tiñera de rojo!

Y Flooker cayó de rodillas mientras todo daba vueltas en torno suyo, mientras las sombras de la noche se hacían espesas, largas..., ¡mientras se teñían de rojo!...

CAPÍTULO II

EL hombre dobló distraídamente la página que el serio y sesudo Times dedicaba a la sección de sucesos. Había en ella una noticia inquietante: por segundo día consecutivo, una persona había sido despedazada en las calles de Londres como si la hubiese atacado un tigre o un animal prehistórico. Primero había sido una mujer y ahora un editor dedicado preferentemente a la producción de cómics y cuadernos de aventuras. No podía haber la menor relación entre las dos víctimas. No se conocían ni se habían visto jamás. Todo esto hacía, según el periodista —en una frase que no acababa de encajar bien en el reposado Times— que las noches de Londres se hubieran llenado no sólo de niebla, sino también de misterio y de muerte.

La información terminaba con la consabida frase de que la policía estaba investigando activamente para aclarar ambos misterios, y que tenía ya algunas pistas a su disposición.

Pero el hombre olvidó pronto lo que acababa de leer. Lo olvidó justo al guardar el Times en el bolsillo de su gabardina.

Él, como le había ocurrido a Barton, tenía también muy serios problemas personales.

Problemas que afectaban de una forma gravísima a su porvenir profesional.

Al igual que Barton, también éste era atractivo y joven.

Pero no tenía aspecto derrotado. Más bien al contrario. Tenía aspecto de león que, a pesar de estar herido, sigue queriendo luchar. Sus espaldas eran anchas, sus facciones enérgicas. Sus labios firmes dibujaban una mueca de energía. Pero, a pesar de todo esto,

un observador atento habría adivinado que aquel hombre no estaba precisamente en el mejor momento de su vida.

Y no lo estaba.

¡Qué diablos iba a estarlo!

Fred Mallory, que antes había dispuesto de considerables sumas para gastar, tenía ahora solamente sus últimas diez libras en el bolsillo.

«Estoy sin trabajo y las cosas no pueden seguir así... Demasiadas cartas me han fallado ya en los últimos meses... Si falla también lo del instituto, me voy al agua. ¡Infierno! Me voy al agua...»

El brusco frenazo hizo que saltara hacia atrás.

No lo pensó. Fue un simple movimiento reflejo. Y a su agilidad debió el salvar la piel, porque de lo contrario hubiera sido aplastado por las ruedas del rutilante «Ford Capri» color blanco.

Mallory rodó por el suelo.

Fue a lanzar una imprecación, porque el «Capri» había estado a punto de arrollarle cuando en el paso de peatones aún había luz ámbar. Con unas facciones que tenían muy poco de amistosas, miró hacia la puerta que se abría.

En contra de su voluntad pensó: «¡Qué piernas!».

Y en contra de su voluntad siguió pensando en cadena:

¡Qué caderas!

¡Qué cinturita!

¡Qué «defensas» delanteras!

¡Qué cara!

¡Qué tía más sensacional!

Pero sus pensamientos se cortaron cuando la vio avanzar hacia él.

La chica era un bombón, y más aún con su soberbia elegancia. Pero tenía una expresión que parecía como si fuese a morder a Mallory de un momento a otro.

—¿Qué le pasa? ¿Está borracho? ¿No se ha dado cuenta de que el paso libre lo tenía yo?

—Aún había luz ámbar...

—¡Cállese!

—¡No me da la gana de callarme!

—¡Usted iba distraído! ¡No se fijaba en dónde ponía los pies!

—Eso es lo único cierto —reconoció Mallory—. Iba distraído, pero...

—¡Los borrachos como usted tendrían que ir a la cárcel!

Mallory, que ya se había puesto en pie, se sacudió la gabardina. Y miró con expresión torva a aquella muñequita venenosa.

—Mire, nena, menos agallas.

—¡Eso no me lo dice ni usted ni nadie!

—¿Quién se ha creído que es? ¿La princesa Margarita?

—¡Ha estado a punto de darme un disgusto por no saber dónde pisaba! ¡Menos mal que mi coche tiene buenos frenos! ¡Váyase! ¡Váyase, indeseable!

Mallory rechinó los dientes.

—¡Y menos mal que tengo buenas piernas! —gritó—. Si no llego a tenerlas, ahora estaría en el hospital o en la Morgue a pesar de los frenos de su coche. ¡Y lo de indeseable se lo va a tragar! ¡Se lo va a tragar ahora mismo!

—Sí, ¿eh?

En aquel momento apareció un impecable *policeman*. Les separó a los dos con un gesto autoritario.

—Basta de discutir. Están dando un escándalo público. Usted..., ¿la señorita le ha causado lesiones con su coche?

—No, pero...

—Como no he visto el accidente, no puedo tomar ninguna medida por mi cuenta —dijo el *policeman*—. De todos modos, si usted quiere presentar una denuncia, será cursada inmediatamente. Sólo ha de ratificarla y firmarla en comisaría.

Mallory se encogió de hombros con un gesto de desprecio.

—Déjelo... No vale la pena. Tengo cosas más importantes en que pensar. No soy como según qué gentecita que sólo vale algo cuando va dentro de un coche caro.

Lo de «gentecita» le había sentado peor que una bofetada. Sus facciones se habían vuelto de color de grana.

Pero el policía no le dejó ni abrir la boca.

—¡Usted! ¡Cállese!...

La chica se sintió humillada por el hecho de que él hubiera dicho la última palabra.

Masculló para sus adentros mientras miraba las anchas espaldas del hombre al alejarse:

—¡Gorila! ¡Mameluco! ¡Imbécil!...

* * *

¿Hay que decir que Mallory ya se había olvidado de aquel accidente dos minutos después? ¿Hay que señalar que en su memoria ya no parecía quedar ni un recuerdo de aquello?

Mallory no era rencoroso, pero además tenía otras cosas más importantes en que pensar.

Cosas muy graves.

Mientras se dirigía a pie hacia el Balmoral Institute (hacía un mes que Mallory ya no podía permitirse el lujo de un coche) su corazón latía aceleradamente.

Le ocurría lo mismo que a Barton —un hombre a quien en aquellos momentos no conocía— cuando Barton subía hacia el despacho de Flooker.

Muchas cosas dependían de los próximos cinco minutos.

Demasiadas cosas.

En el Balmoral Institute, dedicado a la investigación científica, le hicieron esperar unos quince minutos, luego le recibió en su despacho un individuo elegante, refinado, que tenía aspecto de haber estado oliendo esencia de rosas durante toda su vida. Miró sin disimular su desdén a Mallory y a su traje que ya empezaba a estar levemente desgastado por los codos.

Mallory avanzó hacia él.

Llevaba ya demasiado tiempo sin trabajar. Si aquello también fallaba...

Y algo le indicó, en la expresión de su interlocutor, que había fallado también.

La voz suave y untuosa dijo:

—Lo siento, señor Mallory, pero el premio de la Institución no va a ser para usted. Los dos trabajos presentados han sido examinados con el mayor cuidado e interés. El suyo es altamente meritorio, pero no obtendrá la asignación de doce mil dólares que el Instituto está dispuesto a conceder. Repito que lo siento.

Mallory entrecruzó maquinalmente los dedos.

Se sentía absolutamente aturdido.

No sabía qué pensar.

—Señor Ronson —dijo con voz suave, que quería ser tranquila —, me consta que mi trabajo es digno del premio. Ustedes concedían doce mil dólares al mejor estudio sobre «Nuevas fórmulas de la cirugía craneana». Yo me pasé seis meses preparando el mío. Sólo se presentaron dos trabajos, y dudo que el de mi competidor tenga más mérito. Sencillamente, creo que ustedes han cometido una injusticia.

Ronson arqueó una ceja.

—¿Está seguro de que no se precipita usted, señor Mallory?

—Mi trabajo tenía calidad.

—Eso no lo niega nadie, pero no merecía el premio.

—¿A quién se lo han dado? Nunca he sabido quién es mi competidor. ¿Quién se lleva los doce mil dólares?

—El doctor Rafols.

Ahora el que arqueó una ceja fue Mallory.

No podía creerlo.

—El doctor Rafols... —balbució.

—Supongo que lo conoce...

—Naturalmente que sí. Rafols y yo estudiamos juntos en la facultad. Y, precisamente porque lo conozco, me parece increíble que él haya podido llevarse ese premio.

Las facciones de Ronson, que eran duras, pasaron a hacerse casi agresivas.

—¿Qué tiene usted contra él? —preguntó.

—Nada, excepto el saber que no ha dedicado a ese estudio más allá de una semana. Rafols es uno de esos afortunados jóvenes que no necesitan trabajar para vivir. Nunca se ha tomado las cosas en serio. ¿Por qué iba a hacerlo ahora? ¿Y por qué iba a matarse realizando un trabajo digno, si no necesita los doce mil dólares?

—¿Y usted sí, señor Mallory?

—Yo hace tiempo que... que no trabajo.

—En todo caso será culpa suya.

Y Ronson dejó de mirarle, como si le quisiera señalar con su actitud que la entrevista había terminado. Su actitud era tan claramente ofensiva que Mallory enrojeció.

Sin poder contenerse, sujetó por las solapas a Ronson y lo puso

violentamente en pie.

—¡No tengo nada contra Rafols, pero quiero saber quién ha hecho esa canallada! —barbotó—. ¡Quiero saber quién formaba el jurado! ¡Los tipos que estaban en él me van a oír!

—El jurado lo presidía u... una cierta persona —dijo tartamudeando Ronson.

—¿Quién?

—Pues... pues...

Fue en ese momento cuando una voz dijo a espaldas de Mallory:

—Yo.

Era una voz femenina, una voz que el joven reconoció inmediatamente.

Y que obligó a sus dientes a chirriar con una especie de odio...

* * *

La mujer estaba tras él.

Ya no iba con su magnífico «Ford Capri» de color blanco.

Tampoco lo necesitaba. Mallory hubo de reconocer en contra de su voluntad que era una mujer hecha para viajar en «Rolls», pero seguía siendo una auténtica dama aunque la colgaran del estribe de un autobús.

Ella también parecía sorprendida al verle.

Pero le miraba con cierta conmiseración y con cierto oculto desdén.

Ronson se había puesto respetuosamente en pie.

—Señorita Balmoral —dijo—, le presento al doctor Mallory, uno de los dos científicos que aspiraban al premio anual de la asociación.

Ella sonrió.

Envío al aire una sonrisa despectiva y helada.

—De modo que usted... —bisbiseó—. Tiene gracia. Usted aquí... Usted, el perdonavidas de los semáforos apagados. ¿Qué es lo que busca?

—Ni más ni menos que hablar con el señor John Balmoral —dijo secamente Mallory.

—Yo soy Silvia Balmoral. Mi padre murió hace seis meses, ¿no lo sabía? ¡Y ahora largo de aquí!

—¿Largo de aquí? ¿Por qué?

—¡Porque yo soy la que manda!

Mallory encajó los labios con rudeza, sin poder disimular su indignación.

—Muy bien, señorita Balmoral. Pues si usted es la que manda... ¡exijo hablar inmediatamente con usted!

—¿Hablar? ¿De qué? Sepa, Mallory o como se llame, que he oído desde mi despacho todo lo que tenía que oír. Mi padre convocó unos importantes premios en su Instituto para fomentar el estudio de la Cirugía, y el correspondiente a este año ha sido otorgado al doctor Rafols. Yo he sido la que lo ha decidido así en última instancia. Y si eso no le hace feliz lo siento mucho, pero ahora haga el favor de marcharse de aquí. ¡Me molesta su presencia!

Mallory apretó los labios con más fuerza aún. La indignación hacía que sus facciones empezaran a desencajarse.

—Nunca me han echado de ningún sitio, y menos una mujer —dijo abruptamente.

—No, ¿eh?

Y ella le señaló la puerta despectivamente.

—¡No necesito que me señale la puerta! ¡Me iré cuando sea necesario! —gritó Mallory—. ¡Pero ni un minuto antes!

Y tendió la derecha para retirar a la fuerza el brazo de la muchacha, que estaba ya casi junto al pomo.

Pero entonces sucedió algo que ella no había esperado, algo que le hizo dilatar los ojos con asombro. La mano derecha de Mallory, que pretendía sujetar el brazo femenino, resbaló torpemente. Fue incapaz de mover los dedos y quedó como crispada en el aire. Era una mano...

...¡martirizada, cubierta por las cicatrices de alguna terrible herida!

¡Una mano sin vida, sin nervios, sin fuerza!

Silvia Balmoral la miró con un nuevo mohín de desprecio, mientras se retiraba lentamente.

—¿Con esa mano pretende sujetarme? —preguntó cargada de desdén—. ¿Con esos dedos que ya no sirven para nada?

Mallory sintió como un mazazo en la frente.

Su cabeza se hundió sobre el pecho. Todo su orgullo herido,

toda su dignidad maltratada parecieron disolverse en el aire.

—Por eso no trabajo —musitó—. Por eso llevo tanto tiempo sin que nadie se deje operar por estas manos.

—Usted era un cirujano caro, ¿eh, Mallory? Ahora recuerdo que mi padre lo decía a veces.

—No podía quejarme.

—Le sobraba el trabajo...

—Ya le he dicho que no podía quejarme —murmuró Mallory con voz tensa.

—¿Qué tuvo luego? ¿Un accidente?

—Sí.

—¿Y por qué dejó que el destino le sorprendiera de ese modo? ¿No tenía ahorros? ¿No había resuelto su porvenir?

—Era demasiado joven para haber logrado tener ahorros —murmuró Mallory—. Además, creí que el trabajo no me fallaría nunca.

—Peor para usted. La pobre gente que no tiene otro remedio que vivir de su trabajo, debería andar con más cuidado. Y ahora váyase...

Su voz volvía a ser despectiva, casi burlona.

Por unos momentos Mallory la miró como si quisiera abofetearla, herirla, saltar sobre ella y ahogar a golpes su rabia...

Pero luego desvió la mirada. Sus ojos perdieron la luz. Hundió los hombros con un gesto de impotencia y salió de allí silenciosamente.

Silvia Balmoral murmuró con desprecio:

—Muerto de hambre...

* * *

En Scotland Yard había aquella mañana reunión por todo lo alto.

No solo el superintendente estaba allí, sino también un representante del ministerio del Interior y todos los jefes de sección del organismo policial que pasa por ser el más competente del mundo. La situación que se había planteado en Londres con sólo dos crímenes estaba sobrepasando ya todos los cálculos y todas las previsiones. La Prensa había empezado a pedir explicaciones, y eso era lo peor que a Scotland Yard le podía ocurrir.

Tal vez por esa razón estaban, allí también los representantes de los principales diarios de Londres, desde el conservador Times al millonario Daily Mail, pasando por el frívolo Sun. La reunión, convocada con urgencia, había despertado expectación en la Prensa. Se apreciaba también un cierto clima de nerviosismo.

El superintendente había cargado su pipa con cuidado, pero sin atreverse a llevársela a los labios. Parecía necesitar todas sus energías para resumir la situación.

—Señores —decía en aquellos momentos— sobre esos asesinatos se ha desbocado la fantasía popular. No dudo que hay motivos para inquietarse, porque podemos estar asistiendo al principio de una nueva racha de crímenes. Pero dos asesinatos, en la historia diaria de Londres, no son nada. Y encuentro totalmente injustificado el pánico popular, y más aún la actitud de cierta Prensa, que ha hablado ni más ni menos que de un animal prehistórico. Señores... ¡un poco de sentido común! ¿Es que los directores no corrigen ya en Fleet Street las estupideces que puedan escribir sus redactores? Por favor, ¡un poco de calma!...

El representante del Sun murmuró:

—¿Trata de decir que somos sensacionalistas?

—Esta vez lo han sido. No acuso a nadie en especial, pero la mayoría han dado informaciones falsas a conciencia. Todos ustedes saben que no existen animales prehistóricos, y menos en el centro de Londres. Si un dinosaurio apareciera de pronto en Picaddilly Circus, supongo que sería inmediatamente multado por aparcamiento indebido.

Había querido hacer una gracia, pero nadie rio.

Las expresiones seguían siendo espesas.

Casi hostiles.

El representante del Telegraph preguntó con voz tensa:

—Ya sabemos que por las calles de Londres no hay animales prehistóricos. ¿Pero cómo explica las increíbles heridas de las víctimas? ¿Qué hay entonces? ¿Tigres?

El delegado del ministerio del Interior alzó un poco las manos.

—Yo no soy un experto, pero todos ustedes saben perfectamente que esas espantosas heridas pudieron ser causadas por un instrumento mecánico, por ejemplo por un rastrillo.

—Usted sabe que no. Los forenses han encontrado perfectamente claras las huellas de las zarpas.

—Pues entonces nos encontraríamos ante algo inexplicable —dijo el superintendente en voz baja—. Algo inexplicable en lo que rotundamente me niego a creer.

—¿Qué sugiere entonces? —preguntó el del Times—. Estamos dispuestos a prestarle la más leal colaboración, pero ¿a cambio de qué? ¿De no creer en nada? ¿De no mirar a los muertos por el hecho de que su muerte nos parezca inexplicable?

El superintendente hizo un gesto inseguro. Se puso al fin la pipa en los labios, pero sujetándola bien como si tuviera miedo de que se le cayese.

—Quizá ustedes pudieran ayudarme —sugirió.

—¿Nosotros? ¿De qué modo?

—Convoco en este momento un premio de Prensa. Scotland Yard, obteniendo ese dinero de sus fondos presupuestarios, pagará mil libras al periódico que logre dar una descripción exacta del extraño asesino y facilite su localización. Sólo eso. Su captura corre de cuenta nuestra.

Varios cuellos se estiraron a la vez.

Varios ojos entre curiosos e incrédulos se posaron en el que acababa de hablar.

—¿Qué pretende, superintendente? ¿Que nosotros hagamos lo que no es capaz de hacer la policía?

—Sólo trato de que nos ayuden. Ustedes son los ojos y los oídos de Londres. ¿Por qué no pueden saber algo que nosotros no sepamos? ¿Por qué no pueden aguzar su inteligencia también? ¿Por qué no pueden, con sus investigaciones, hacer un retrato robot del culpable mejor que el que haga la policía?

—Eso es cierto —murmuró el del Sun.

—En principio la idea no es mala...

—Y llamará la atención de los lectores. Para los periódicos puede ser un buen negocio.

—Yo no entro ni salgo en eso —dijo el superintendente—, pero pido su ayuda. Una ayuda noble como siempre la han prestado, claro...

El del Daily Mail dijo en voz baja:

—...Y que trae en el pico mil libras...

CAPÍTULO III

—SON mil libras —dijo el redactor jefe mientras lanzaba por los aires una serie de galeradas que no le servían ya—. ¿Sabes que te digo, Mallory? Mil libras son un buen bocado para el periodista callejero que logre preguntar aquí y allá y hacer un buen retrato robot de ese extraño asesino. Pero yo no voy a ganarlas, claro. Yo tengo que estar aquí, atado a esta maldita mesa, y no puedo ir por las calles mirando las pantorrillas de las chicas.

Soltó desde lejos un par de gritos a un redactor que trataba de escabullirse y luego continuó:

—De todos modos me sorprende lo de Scotland Yard, Mallory. Deben andar muy desorientados cuando ofrecen mil libras por una pista y pretenden que nosotros, «los ojos y los oídos de Londres», se la facilitemos. Si lo hemos aceptado, ¿sabes por qué es? Pues porque eso aumentará la tirada de los periódicos. Hoy mismo ya se nos ha acabado el papel, y para mañana tenemos más órdenes de inserción de publicidad que nunca. Para los dueños esto puede significar un río de oro. En cambio para nosotros... ¡Bah, qué asco! ¡Le entran a uno ganas de enviarlos a todos al cuerno y hacerse monje budista!

Miró entonces más atentamente a Mallory, mientras mordisqueaba un cigarro.

—Bueno, y a ti, ¿qué cuerno te pasa?

Mallory puso sobre la mesa su mano derecha todavía horriblemente marcada por las cicatrices.

El redactor jefe lanzó una risita de gorila.

—Je, je... Parece la mano del asesino. Exactamente su zarpa.

¿Quieres que empecemos a hacer el retrato robot? Si te declaras culpable, nos partimos las mil libras.

—Déjate de bromas, maldita sea. Sabes que desde, que tuve el accidente no puedo operar. Mi mano derecha es incapaz de sujetar el bisturí. ¡No puedo!

—Hay quien se asegura sus manos. Y algunas señoritas tendrían que asegurar su... su... su... ¡Je, je! ¡Je, je, je!...

—Yo confiaba demasiado en mí. Todo eso de los seguros me parecía una tontería.

—Las cicatrices se acabarán borrando. Y hay sistemas de entrenamiento para que la mano recobre su agilidad normal.

—Los practico todos, y hasta ahora con buenas esperanzas de recuperarme. Pero mientras tanto estoy pasando por un bache terrible. No gano ni un chelín.

—Eso le ocurre a mucha gente.

—Mi última esperanza —siguió diciendo Mallory—, estaba en un premio que concede anualmente el Balmoral Institute, y que paga nada menos que en dólares. Pero no ha habido manera. La hija del difunto doctor Balmoral ha hecho que se lo concedieran a un tal doctor Rafols, que estudió conmigo y que jamás aprobaba una asignatura. Con todos los respetos para él, pero no creo que su trabajo sea mejor.

—Conozco a Silvia Balmoral. Es una monada.

—Lo cual no me importa en absoluto.

—Y también conozco a Rafols. Es un hombre joven, distinguido. Va a casarse con Silvia Balmoral.

—¡Infiernos, ahora me lo explico todo! ¡Sólo me faltaba oír eso!

—No luches contra lo imposible, muchacho. Las cosas en la vida son así. Bueno, ¿qué cuerno quieres?

Mallory encendió un cigarrillo a su vez, procurando hacerlo todo con la mano derecha para irle acostumbrando a los movimientos.

—Durante un tiempo he publicado artículos de divulgación médica —dijo.

—Y bastante buenos.

—¿Podría publicarlos con más frecuencia? No te oculto que necesito ganar dinero para vivir.

—Claro que puedes hacerlo, muchacho. Precisamente al haber más publicidad vamos a dar más páginas, y necesitará buenas colaboraciones. ¿Sabes que a pesar de ser cirujano eres un escritor muy divertido? Si quieres mañana mismo puedes volver a empezar. Y ahora lárgate porque aún tengo mucho trabajo. Hala, a la calle.

Cuando Mallory estaba ya casi en la puerta, el redactor jefe le soltó:

—Eh, amigo.

—¿Qué pasa?

—Tú también puedes colaborar en eso del retrato-robot. Puedes ganarte las mil libras.

—No me caerían mal.

—Pero procura una cosa. ¡Procura que los policías no se fijen en tu mano derecha!...

Mallory salió.

Al menos conservaba amigos. Al menos tendría trabajo mientras pasaban los malos tiempos.

Lo necesitaba, después del golpe recibido con lo del Balmoral Institute.

Pero al salir a la calle tuvo la primera sorpresa de aquel día.

Mejor dicho, una sorpresa tan fuerte como no la había tenido en bastantes años.

Un fantástico «Rolls», gris plata, le esperaba en la puerta. Situado en estacionamiento prohibido, por supuesto. Pero eso, ¿qué le importaba a la millonaria que lo conducía? ¿Iba a afectarse por una multa?

Silvia Balmoral le miró sonriente desde la ventanilla.

—¿Sube, Mallory?

Mallory arqueó una ceja, sin saber qué pensar.

—¿Qué hace usted aquí?

—Ya lo ve: esperarle.

—¿Es que me ha seguido?

—Tengo muchísimo interés en hablar con usted.

—En cambio yo con usted no.

La expresión de Silvia dejó de ser alegre.

Pero tampoco era desafiante.

Su expresión —cosa extraña en ella— había pasado a ser la de una mujer que sufre.

—Por favor, no crea que me estoy burlando. Quiero hablar con usted. ¿Es que hasta eso va a negarme?

A Mallory le convenció más su expresión que sus palabras. La cara de Silvia era la de una mujer que está pasando por una crisis. Pensó que no podía negarse a escucharla.

Se sentó a su lado y miró con los ojos entrecerrados la calle mientras arrancaba el «Rolls». Cosa extraña: la calle le pareció distinta. Y es que el mundo se hace bien diferente cuando uno lo contempla desde el parabrisas de un «Rolls Royce» o de un «Jaguar». También eran distintas las piernas de Silvia Balmoral mientras se movían al pulsar el embrague o el gas. Porque la condenada... ¡las enseñaba ahora de una manera!...

Fueron a Green Park, al otro lado de Londres, y se estacionaron allí. Sólo entonces Silvia despegó los labios. Tomó un cigarrillo y le prendió fuego con el encendedor eléctrico.

—Fred —dijo lentamente—, tengo la sensación de que me porté mal con usted.

—Si lo que pretende ahora es arreglar lo del premio, ya ha hecho tarde, hermana. Yo no le pido nada. Por otra parte ustedes podían dárselo a quien quisieran. Comprendo que debí cerrar la boca.

—Cometimos una injusticia.

—Bueno, eso no vamos a discutirlo ahora. Ya no importa.

—Debe saber que Rafols es mi prometido. Le dimos el premio por eso. Porque hay que encumbrarle de alguna manera.

Mallory envió al aire una sonrisa que no tenía nada de rencorosa, sino todo lo contrario.

—Celebro que me diga eso, Silvia. Demuestra que es usted sincera. De todos modos ya lo sabía.

—Eso hace que me atormente más y más la sensación de haberme portado mal con usted.

—Olvídelo. Usted está en la cima y a mí me falta poco para arrastrarme por el fango. Es su derecho mirarme desde arriba, si eso le gusta.

Silvia apretó los labios.

—No tiene un solo cliente, ¿verdad?

—No —reconoció él— y lo peor es que empieza a fallarme el ánimo. Si pudiera recuperar la fe en mí mismo, todo sería distinto. A veces la vida es según como la miras. Pero justamente eso es lo que no consigo. Todo lo veo negro.

—Sin embargo antes fue un famoso cirujano, especialista en operaciones de cerebro. Tenía un magnífico porvenir por delante...

—Eso ya es historia. ¿A quién le importa?

—¿Pero qué sucedió? ¿Por qué tiene la mano de esa manera?

—Hubo un incendio en el hospital donde yo trabajaba —musitó Mallory con la mirada perdida, como el que recita una lección que no le gusta—. Empezó con el estallido de una bombona de oxígeno... En cierto modo fue culpa mía, porque no me aseguré del buen estado de los resortes. Una niña corría peligro y yo la saqué de entre las llamas... con la mano derecha. Desde entonces no puedo coger un bisturí. ¿Qué? ¿Satisfecha con la historia? ¿Nos ponemos a llorar un poco los dos?

—¿Por qué se burla de sí mismo, Mallory?

—¿Y qué voy a hacer? ¿Burlarme de los guardias de tráfico? ¿Hay alguien más cómico que yo?

—De todos modos la suya es una historia trágica. ¿Me creará si le digo que me siento en deuda con usted?

—¿En deuda? ¿Por qué?

—Sé que fui injusta y desearía concederle una oportunidad. El instituto que mi padre fundó puede concederle una generosa beca para estudios, que le permitirá vivir bien mientras su mano se restablece. Pero antes tiene que ganársela.

—¿Qué he de hacer?

—Lograr algo que ningún otro médico ha logrado: salvar una vida humana. Le juro que estoy desesperada, Mallory.

—¿Por qué?

—He hablado de concederle una beca, pero no debí decirlo. En realidad no le ofrezco un premio. Lo que le pido es un favor: el más importante favor que he pedido en mi vida.

Soltó el cigarrillo, como si ya fuera incapaz de mantenerlo más tiempo prendido en sus labios, y susurró:

—Tengo una amiga, mi mejor amiga, a la que todos los médicos

han desahuciado. Últimamente sólo la han visto especialistas extranjeros en neurocirugía. Ella no lo sabe aún con certeza, pero en su cerebro ha nacido un tumor maligno que no deja ninguna esperanza de vida. Le he dicho que tengo confianza en usted, Mallory, y lo mantengo. Pienso que usted quizá logre salvarla. ¿Por qué no lo intenta? ¿Por qué no demuestra que sigue siendo el que siempre fue?

—No olvide que soy cirujano más que otra cosa. Un diagnóstico tal vez no pueda establecerlo con exactitud.

—Pero aseguran que usted poseía un magnífico ojo clínico. Estoy convencida de que sigue siendo verdad.

Y añadió con voz casi inaudible, suplicante:

—Le he traído a Green Park porque mi amiga vive cerca de aquí. ¿No quiere acompañarme? ¿No acepta este desafío en el que se juega ni más ni menos que una vida?

Mallory cabeceó.

Había estado aceptando aquella clase de desafíos siempre.

Era su profesión.

—Vamos —dijo sencillamente.

La vivienda era muy elegante, aunque bastante antigua, y estaba situada en el anillo de viejas mansiones señoriales que rodea Green Park. Una mujer con aspecto de ama de llaves les abrió. Tenía un aspecto inquieto, preocupado, como si viviera algo así como en una constante pesadilla.

—Hola, Mara —dijo Silvia—, quisiéramos ver a la señorita Sally. Supongo que está en cama.

—Naturalmente. ¿Dónde va a estar?

—Usted disimule, Mara. El caballero que me acompaña es un médico. No quiero que ella lo note.

—No se preocupe; estoy acostumbrada. Aunque dudo que a ella la sigamos engañando por más tiempo.

Les precedió hasta una habitación luminosa y clara, que tenía vistas sobre el parque. En esa habitación, cuyos muebles también eran claros, se encontraba una muchacha morena, de apenas veinte años. Era muy bonita, pero sus facciones estaban sumamente pálidas. Se tenía la sensación de que la había postrado alguna enfermedad inexplicable, alguna invencible debilidad.

De todos modos Mara intentó reír.

—Mire quien está aquí, señorita Sally. ¡Su amiga la señorita Silvia! Por cierto, viene con un caballero que...

—Bueno —dijo Silvia francamente, como decidiéndose—, no se aturulle, Mara. Más vale que digamos la verdad, porque Sally no es tonta y lo nota. Este caballero, es médico. Se trata del doctor Fred Mallory, en quien tengo toda la confianza. Quisiera que te examinase, Sally. No te importa, ¿verdad?

—¿Cómo me va a importar? ¡Me han examinado ya tantos!...

—Espero no molestarla, señorita —susurró Mallory—. ¿Le han hecho radiografías?

—No.

—Es extraño...

Silvia le hizo un guiño a distancia. La cosa estaba clara: no habían querido a ningún precio asustar a Sally.

Pero eso, ¿importaba algo ya?

¿Podía jugarse de ese modo con su vida?

Y más cuando la cosa estaba clara, al menos para Mallory.

No necesitaba radiografías.

Había cosas en la mujer, *algo* que los otros no veían y que le estaba diciendo a gritos lo que la radiografía también le hubiera dicho.

Se inclinó sobre Sally.

Supo leer el dolor y la angustia en los ojos de aquella muchacha.

El dolor y la angustia que había estado viendo tantas veces desde que se vistió una bata blanca.

La examinó atentamente, sin hacer ningún comentario. Su examen fue metódico, atento, impecable. Aunque empleaba procedimientos algo personales que a Silvia Balmoral, huérfana de un famoso médico, le sorprendieron.

Pero no hizo ningún comentario.

Media hora después salieron los dos de la habitación.

Mallory encendió un cigarrillo con gesto de cansancio. Parecía haberse destrozado por dentro en sólo aquella media hora. Daba la sensación de haber envejecido, de estar carcomido por un extraño sufrimiento interior.

Silvia Balmoral, tratándole con la mayor confianza, bisbiseó:

—Te he hablado antes de que no había radiografías, pero he mentido. No quiero intranquilizarla, ¿sabes? Lo cierto es que le hicieron un par de ellas estando anestesiada. Si quieres puedo enseñártelas, aunque en este momento no están aquí.

—¿Y qué se ve en ellas?

—Eso es lo extraño: nada.

—¿Ningún tumor?

—Ninguno. Como si estuviera absolutamente sana. Todos los médicos han coincidido en eso.

Mallory se encogió levemente de hombros.

—No me sorprende —susurró.

—Pues si no se le ve nada, ¿qué tiene?

—El tumor es tan pequeño que las radiografías no lo captan —dijo él—. Un encefalograma probablemente sí, pero no creo que haya necesidad de hacérselo por ahora. Yo sé que el tumor existe, desgraciadamente. Y está en un lugar tan peligroso, tan sumamente crítico, que le producirá la muerte en pocos días si no lo extirpamos.

Silvia palideció.

—¿Tú crees que...? —farfulló apenas.

—Yo creo lo que tú ya sabes, Silvia. Lo que te han dicho otros.

—Para eso no hacía falta que... que...

—Para eso no hacía falta que viniera, ¿verdad? ¿Y qué esperabas? ¿Un milagro? ¿Crees que tengo en el bolsillo vidas de repuesto? Lo primero que he hecho ha sido averiguar la verdad. Luego intentaré hacer algo por salvar la piel de Sally, aunque, ciertamente, no veo demasiadas esperanzas.

Ella se acercó. Sus manos se posaron suavemente en las solapas del hombre.

Era una mujer distinta.

Era una mujer que sufría.

Una linda muñeca para la que hasta entonces todo había sido dulce, pero que se enfrentaba ahora a la verdad eterna de la muerte.

—Mallory... ¡Debes hacer algo por ella! —suplicó—. ¡Somos como hermanas! ¡Si muere no sé si podré soportarlo! ¡Piensa que

haré lo que sea! ¡Que tendrás todos los medios científicos del instituto a tu alcance! ¡Todos, absolutamente todos, por caros que sean!

El movió negativamente la cabeza.

—Por desgracia no se trata de dinero —dijo—, sino de ojo clínico... y de suerte, mucha suerte. Según la evolución que esto tenga, ya no se podrá salvarla.

—Entonces, ¿qué crees que se debe hacer?

—Aún no lo sé... Quiero decir que no lo sé con exactitud, aunque tengo una idea. Hace un año empecé a trabajar en el estudio de un nuevo sistema para extirpar tumores del cerebro según una técnica que a mí me parecía razonable. Pero todo era teoría, ¿sabes? Pura teoría sin confirmar. Lo único que puedo hacer ahora es encerrarme día y noche y seguir con el estudio de aquella teoría. Tal vez así logre salvar a Sally, ya que de otro modo la operación es imposible. Pero necesitaré también algunos cadáveres para experimentar. Al menos necesito hacer ensayos.

Ella frunció el ceño.

—¡Cadáveres!... —susurró—. En ese sentido vuestra profesión es siniestra.

—Al fin y al cabo era la profesión de tu padre.

—Lo comprendo... Perdóname por lo que he dicho. En el Balmoral Institute hay cadáveres para experimentos científicos. Los adquirimos de los hospitales cuando ningún familiar los reclama. Dispondrás allí de lo que necesites. Tendremos un laboratorio especialmente para ti.

Una chispita de esperanza brilló en los ojos de Mallory.

No se podía negar que era un hombre enamorado de su profesión.

Un hombre enamorado de la ciencia.

—Lo acepto —dijo—. Empezaré a trabajar esta misma noche. Tengo la sensación de que te juzgué mal, Silvia.

—¿Juzgarme mal? ¿Por qué?

—No puedes ser una mala persona cuando te interesas tanto por la vida de una amiga.

—Nunca me he tenido por mala persona. Quizá lo que ocurre es que la vida me ha tratado bien, y eso, a veces, hace que una mujer

tenga un carácter caprichoso.

—Perdona si en el despacho de tu administrador quise incluso zarandearte.

—No pienses más en ello, Mallory. Y vamos ya al instituto, si crees que debes empezar a trabajar enseguida. Lo tendrás todo preparado antes de una hora.

Se dirigieron a la puerta y salieron sin despedirse. Por lo visto Silvia Balmoral entraba y salía de allí como de su propia casa.

—Una pregunta —musitó él cuando ya entraban en el despampanante «Rolls»—. ¿Rafols ha visto a Sally?

—No, no la ha visto.

—¿No tienes confianza en él?

Silvia desvió la mirada.

—Con franqueza, ¿crees que puedo tenerla? ¿A quién ha operado Rafols?

—A nadie.

—A Rafols le hemos estado promocionando entre todos para darle una categoría social —musitó Silvia mientras arrancaban—, pero la verdad es que no entiende gran cosa de medicina. Jamás le hubiera confiado la vida de Sally.

—Gracias por habérmela confiado a mí...

—Tú eres distinto, Mallory.

Y el lujoso «Rolls» se despegó de la acera, disponiéndose a girar hacia el lado izquierdo de Green Park.

Ninguno de los dos vio al hombre que había estado aguardando junto a la casa.

Aquel hombre joven, de físico agradable, pero de aspecto derrotado, aquel hombre cuyas manos temblaban y en cuyos ojos se leía aún una expresión de horror.

CAPÍTULO IV

EL hombre recordó, cuando ya estaba en la calle, que se había dejado las llaves del coche en el apartamento de Gloria Lawson.

Lanzó una imprecación en voz baja, porque ya había llegado al parking, a casi ocho minutos de camino del edificio, cuando se acordó de aquello.

Tendría que volver.

Y hacía una noche de mil diablos. Una noche de esas que han dado fama a Londres, con una niebla espesa que llega del Támesis y con las luces amarillas de los vehículos desfilando como luciérnagas.

El hombre volvió sobre sus pasos.

No se veía nada.

Rezongó:

—¡Maldito tiempo!...

Las luces de la entrada de la casa apenas se distinguían entre la oscuridad y la niebla. Eran apenas como dos globos siniestramente suspendidos en el vacío. Daba incluso una cierta angustia acercarse allí.

Pero el hombre no podía quedarse sin las llaves del coche, en parte porque las necesitaba, y en parte porque no quería dejar ninguna prueba de su presencia en el apartamento de Gloria Lawson. Si su mujer se enteraba de que había estado allí... ¡le mataba!

Tom Foster entró en el edificio y se dirigió hacia el ascensor.

Ya había tenido demasiados disgustos cuando Gloria Lawson era su secretaria. Entonces las cosas se pusieron tan mal que su mujer

le obligó a despedirla. Oficialmente no se habían visto desde entonces, pero Gloria seguía viviendo a su costa. No como secretaria, sino como otra cosa. Eso significaba que tenía que extremar las precauciones. ¡Y ahora resulta que se dejaba allí las llaves del coche!

Entró en el apartamento.

Todo estaba tranquilo.

Las luces del hall apagadas.

Pero al fondo veía brillar tenuemente las luces del dormitorio, donde había dejado a Gloria.

Unas luces íntimas.

Unas luces que hablaban de amor, de complicidad y de secreto.

—¡Gloria! —llamó—. ¡Gloria!

No le contestó.

Seguro que se había quedado dormida.

E imaginó lo seductora que sería su figura, así, tendida en el lecho, en aquella posición abandonada e indolente.

—¡Gloria!

Por un momento atravesó su cerebro un pensamiento malsano.

¿Y si se quedara con ella otra vez?

Pero no. Ya era demasiado tarde.

—¡Gloria!

Entró en el dormitorio.

Y entonces lo vio todo rojo.

Roja la luz, rojas las ropas, rojo el aire. Rojo sobre todo el cuerpo de la hermosa muchacha, en el que habían hecho una verdadera masacre.

Los ojos de Foster se desorbitaron.

¿Pero qué era aquello?

¿Qué especie de monstruo, qué especie de zarpas, qué especie de ser del Más Allá había hecho con Gloria aquella carnicería espantosa?

¿Qué era aquello? ¿Una pesadilla?

Al entrar en el dormitorio, ¿había atravesado sin saberlo el umbral del otro mundo?

Quedó petrificado.

Una espantosa sensación de irrealidad le envolvía.
Y entonces oyó aquella especie de siseo a su derecha.
Volvió apenas la cabeza.

Por delante de sus ojos parecía flotar una nube amarilla, una nube que hacía que todo pareciese irreal y fantástico.

Más allá de la nube amarilla estaba aquel ser de aquelarre.

Estaba el rostro humano, pero cubierto de escamas como las de una serpiente.

Estaban los pies de lagarto.

¡Estaban las garras!

Foster lanzó apenas un gruñido, mientras intentaba volver hacia atrás.

No pudo.

Las garras avanzaron. Los pies de lagarto se movieron en silencio, pisando la sangre.

El hombre no pudo ni gritar.

Tampoco debía haber podido gritar Gloria.

Tampoco ella había tenido fuerzas ni para lanzar el último alarido de horror.

Foster sintió en el cuello la cuchillada honda, salvaje de aquellas uñas.

Y una cosa caliente que resbalaba por su pecho.

No llegó ni a darse cuenta.

Pero era su propia sangre...

CAPÍTULO V

EL cadáver tenía aún un aspecto casi sonrosado, y que un forense acostumbrado a ver horrores hubiera calificado de «estimulante». Pertenecía a una mujer de unos veinticinco años muerta aquella misma mañana. En el Balmoral Instituto se habían dado prisa en proporcionar un cadáver a Mallory, costase lo que costase.

Él iba a abrir su cerebro.

Iba a ensayar, aunque fuera en un cuerpo inanimado, aquella nueva técnica en la que había pensado cien veces y que podía no sólo salvar a Sally, sino solucionar toda la cirugía craneana.

Mallory sudaba de angustia.

Todas las energías de su vida parecían concentrarse en sus dedos.

Si fallaba otra vez... Si resultaba que no podía ni siquiera sostener el bisturí...

No quería ni pensarlo.

Trazó el corte con la misma tensión, con la misma angustia que el principiante que hace su primera autopsia.

Y entonces lo vio.

Vio sus ojos desencajados.

Sus manos temblorosas.

Aquella especie de luz de pesadilla que le envolvía mientras avanzaba desde las sombras.

Mallory balbució:

—Barton...

Barton se detuvo a poca distancia de la mesa de mármol. Quería

mantener la serenidad, pero sus manos temblaban. Se le notaba a punto de sufrir un ataque de nervios.

—Hola, Mallory. He debido parecerte un fantasma, ¿verdad?

—¿Cómo has entrado aquí?

—No olvides que he escrito centenares de guiones de aventuras y he dibujado también centenares de historietas. Algo se pega. He aprendido el modo de despistar a un portero y forzar una ventana de la planta baja.

—¿Pero cómo sabías que yo estaba en el Balmoral?

—Por pura casualidad, cuando yo iba deambulando como alma en pena, te he visto salir de una casa cercana a Green Park. Y has subido al «Rolls» junto con una chica muy guapa.

—Ni el «Rolls» ni la chica eran míos, desgraciadamente —musitó Mallory—. ¿Y entonces qué? ¿Me has seguido?

—Sí.

—Barton, hacía años que no te veía y de pronto te presentas así, como si te descolgaras de las nubes. ¿Qué pasa? ¿Por qué has tenido que seguirme y entrar de esa manera?

Barton se dejó caer en una de las banquetas de metal que había en el laboratorio.

Se sentía destrozado, hundido.

Ya no trataba de disimular el temblor espasmódico de sus dedos.

—Mallory —susurró—, tú eres mi última esperanza. De todos los amigos que tengo, tú eres el único con la suficiente amplitud de criterio para comprenderme.

—Naturalmente, Barton. A ti te comprenderé siempre, aunque yo también estoy pasando por una crisis muy seria. ¿Pero qué es lo que he de comprender?

—Tú has oído hablar de esos crímenes escalofrantes que se han cometido en Londres.

—Claro que he oído hablar. Como todo el mundo. ¿Pero y qué?...

Los labios de Barton se curvaron en una mueca patética.

No cabía duda de que era sincero.

—Mallory —bisbiseó—, ese asesino existe.

—Claro que existe. Ya lo imagino. Si no existiera no podría

matar. ¿Todo lo que se te ocurre decir es eso?

—Por favor, no me hagas caso... Ya no sé ni lo que me digo. Lo que trato de decirte es que yo conozco a ese asesino.

Mallory recordó inmediatamente su conversación con el redactor jefe del Daily Mail.

Mil libras por una descripción del monstruo.

—¿Tú le conoces? —bisbiseó.

—Sí. Yo lo he creado.

—Barton, no digas tonterías.

—Sabes que soy dibujante de aventuras y que yo mismo invento las historias que dibujo.

—Desde luego que lo sé.

—Pues bien, yo he dibujado al monstruo.

—Barton, me parece que deliras.

El interpelado hizo un gesto de desesperanza, mientras se cubría la cara con las manos.

—Tú también te burlas de mí... ¡Cielo santo! Y tú eras mi última esperanza...

—No me burlo, Barton. Somos amigos desde hace demasiados años para que se me ocurra burlarme ahora. Lo que pasa es que no entiendo una palabra. Yo creo que te encuentras mal...

—Me encuentro muy mal. Naturalmente que sí. Estoy aterrorizado...

—Si no te explicas un poco mejor no entenderé nada, Barton.

El dibujante retiró poco a poco las manos de su cara y dejó ver la expresión asustada de sus ojos.

Luego susurró:

—Escucha. Tal vez no quieras creerme...

Y narró a Mallory todo lo que había narrado a Flooker, el editor. El hecho de que había visto a Avernus una noche en que estaba borracho. El hecho de que más tarde lo dibujó como si fuera una creación suya.

—Pero no era una creación mía, Mallory. Te lo juro... ¡Yo lo vi! Ahora el que tuvo que pasarse la mano por los ojos fue Mallory. Sentía vértigo.

Lo peor de todo aquello era que Flooker había muerto también.

Él lo había leído en los periódicos.

Despedazado por el monstruo...

—Barton —susurró—. Quiero creerte, pero lo que dices es absurdo.

—¡Ya lo sé! ¡He estado pensando mil veces que es absurdo! ¡Millones de veces! ¿Pero puedo negar lo que mis ojos han visto? ¿Puedo negar esos muertos?

—Debió ser una pesadilla.

—No, Mallory. Y voy a decirte algo más: sé quién es Avernus.

—¿Quién?

—Lo mismo que yo he dicho en la historieta: un animal prehistórico.

El gesto de interés que por un momento había hecho Mallory se desvaneció en un instante al oír aquella tontería.

—¡Vaya, hombre! —fue todo lo que se le ocurrió decir—. ¡Vaya, hombre!...

—¿Quién te dice que no puede haber animales prehistóricos en el subsuelo de Londres?

—En el subsuelo de Londres no hay más que cloacas.

—¡Eso! ¡Eso es lo que quiero decir yo! ¡El animal prehistórico vivía en una gruta que de repente ha sido atravesada por una cloaca! ¡Y por debajo de nuestros pies se mueve! ¡Allí vive! ¡Allí habita! ¡Allí es el rey! ¡Asesta sus terribles golpes y luego vuelve a hundirse en las profundidades de la tierra! ¡Así no le atraparemos nunca! ¡Nunca! ¡Nunca!...

Se había excitado. Se había asustado tanto que temblaba como un poseído. El mismo Mallory sintió también que temblaban sus dedos.

Para animar a su viejo amigo fue a buscar unas píldoras que había en un armario con otros medicamentos. Le disolvió una en un vaso de agua.

—Toma, bebe. Te sentará bien.

Barton bebió ansiosamente y pareció calmarse un poco, pero sus ojos seguían teniendo la misma expresión de alucinado.

Mallory susurró:

—Yo te creo, Barton, pero ahora voy a decirte lo ocurrido. Para poder operar el cerebro humano he tenido que pasar antes por una

escuela de psiquiatría, y conozco esos fenómenos. Tú no viste a Avernus. Tú sólo lo soñaste, y el alcohol te ayudó.

—Te juro que...

—No, ya sé que no estabas borracho. Y no soñaste a Avernus por casualidad. Incluso creíste verlo. Sentiste horror ante él. La sensación fue espantosa, aunque Avernus no existiera realmente. Todo eso tiene una explicación científica.

—¿Qué..., qué explicación?

—Explícame qué soñabas siendo niño, Barton.

—Pues..., pues por ejemplo que me caía por una escalera. Era un sueño que se repetía siempre. Y yo sentía horror.

—Porque volvía a ti una sensación de tus antepasados humanos, una sensación que se ha conservado a través de millones de años con la misma pureza con que debieron sentirla los primeros habitantes del mundo, aquellos extraños seres mitad gorilas mitad hombres. Una sensación que nosotros, cargados de estudios y de problemas, ya somos incapaces de sentir, pero que nos ha asaltado cuando nuestra alma estaba limpia, es decir cuando éramos niños, y encima durante el sueño. Lo que tú sentías, imaginando que caías por una escalera, era lo mismo, exactamente lo mismo, que sentían los hombres prehistóricos —¡un abuelo tuyo perdido en la noche del tiempo!— al desplomarse por los abismos o al ser lanzados por los dinosaurios hacia las grietas de la tierra.

Barton parpadeó.

Escuchaba alelado a Mallory, aunque trataba de mirar todo aquello con la máxima frialdad.

—¿Qué más soñabas? —preguntó el médico.

—Pues... pues que volaba. Y aquello me producía una angustia especial, porque mientras estaba volando me daba cuenta de que jamás podría sujetarme a algún sitio, de que jamás podría llegar a mi destino.

—Es también una sensación rigurosamente lógica. Los hombres primitivos está comprobado que tenían los pies prensiles, como los de los monos. Es decir, los pies les servían para sujetarse igual que las manos. Eso les permitía saltar de rama en rama, igual que los simios, pero al revés de éstos, los hombres se asustaban. Su inteligencia les hacía comprender que tal vez habían calculado mal

el salto, y eso les llenaba de angustia, una angustia que un animal no es capaz de sentir, porque no prevé el futuro. Ese miedo abismal también se ha transportado a través de las generaciones y ha llegado a nosotros en el misterio del sueño.

Barton respiró hondo.

—Todo lo que dices puede tener sentido, Mallory. No lo niego. ¡Pero me parece absurdo, qué cuerno! ¡Desde que esas cosas ocurrían ha pasado demasiado tiempo!

—¿Demasiado tiempo?

—Sí... ¡Demasiado tiempo!

Mallory sonrió fríamente.

—Dime tú un personaje que te parezca muy lejano, Barton.

—Pues..., pues por ejemplo Jesucristo. O, mejor dicho, el primer Papa. Sí, sí... San Pedro.

—Dos mil años casi exactos —susurró Mallory—. Muy bien. Suponiendo que cada veinticinco años un hombre se reproduzca, es decir que tenga un hijo y este otro a la misma edad, tenemos cuatro generaciones en cien años. Cuarenta en mil años. Ochenta en dos mil. Sólo ochenta hombres de padres a hijos desde San Pedro a Pablo VI. ¿Te parece demasiado? ¿Tú crees que las sensaciones morales no se conservan de padre a hijo a través de ochenta hombres? Pero puedes retroceder dos mil años más. O cuatro mil. Te será muy difícil atravesar la barrera de los cuatrocientos hombres. ¡Cuatrocientos hombres, uno tras otro, desde que los seres humanos empezamos a habitar la tierra! ¿De verdad te parecen tantos? ¿Crees que nuestro mundo es tan viejo?

Barton hundió la cabeza.

Una nube de pensamientos flotaba en su cráneo, le aturdía. Tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla en la que, sin embargo, todo era espantosamente lógico.

—Puede que tengas razón —dijo al fin—, pero sin embargo eso no explica lo de Avernus.

—Claro que lo explica. En el tiempo prehistórico de que te hablaba debió moverse entre los hombres un animal así. Hasta te diría que es lógico. Se han encontrado restos de seres anfibios que son mitad reptiles y mitad hombres; fantasmales monstruos que debieron tener una especie de cualidades humanas. Alguno de tus

antepasados lo vio y se llenó de horror. Quizá fue herido por ese monstruo. Y el horror que en aquel momento llenó su cerebro ha pasado hasta ti. Pero necesitaste estar borracho para sentirlo. Para ver tú también a Avernus, o mejor dicho creer que lo veías.

Barton se estremeció de nuevo.

Diríase que todo aquello le tranquilizaba, pero sin lograr arrancar de él la capa viscosa del horror

—Luego lo dibujaste —continuó Mallory—. Lo tenías tan grabado en tu cerebro que te fue fácil. Hasta te diría que hubiese sido imposible para ti dibujar a cualquier otro.

Hizo una leve pausa y añadió:

—Pero Avernus no existe. Simplemente ha existido. Ha existido hace ocho mil, diez mil años. O más. Eso es imposible determinarlo porque incluso hoy en día se mueven por ciertas islas de la tierra animales prehistóricos. Y porque se supone que en el fondo de los mares se han refugiado increíbles animales que un día se movieron sobre la tierra. Pero repito que Avernus no existe. Simplemente es un recuerdo transmitido de padres a hijos.

Después de estas palabras, Mallory se pasó la mano por los ojos con gesto de cansancio.

Trató de sonreír.

—Bueno —musitó—, perdona el rollo. Por unos momentos parece como si yo te hubiera estado dando una conferencia.

—Pero me has tranquilizado mucho, Mallory.

—Lo celebro.

—De todos modos hemos de suponer que Avernus ha existido.

—No hay razones serías para creer lo contrario.

—¿Y qué pasaría sí, por una especie de milagro de esos que a veces se dan en la naturaleza, hubiera vivido durante todos estos siglos? No el mismo Avernus precisamente, sino sus descendientes. ¿Qué pasaría si en efecto se moviera por las alcantarillas de Londres?

La voz de Barton era tensa, casi profética.

Mallory sintió frío en la espalda, pero no supo por qué.

—Es absurdo, Barton. No pienses en eso. Pero, ahora que lo pienso, tú puedes ganar mil libras.

—¿Yo?...

—Tienes dibujado a Avernus. Y el periódico Daily Mail ofrece mil libras al que envíe un retrato robot del asesino. Suponiendo que el asesino sea alguien como Avernus, claro.

—Je, je... —Barton rio nerviosamente—. No lo creería nadie. Yo dibujé unos cuadernos de aventuras, ¿sabes? Se titulaban precisamente así: Avernus. El editor Flooker los distribuyó muy mal y no fueron vistos en casi ningún puesto de venta. Pero aun así, en los sitios en que se vendieron no tuvieron ningún éxito. La gente los consideraba increíbles. No se podía imaginar que existiera un monstruo de aquella clase. ¿Cómo piensas que los lectores del Daily Mail van a tragárselo ahora?

—Hay modos de comprobarlo —dijo calmadamente Mallory—. Por ejemplo tú dibujarás las zarpas. Y los forenses podrán decidir si las heridas mortales han sido causadas precisamente por unas zarpas como aquéllas.

Barton cabeceó.

—Es verdad; no se me había ocurrido.

—Presenta tu dibujo al Mail, Barton. Puedes convertirte de la noche a la mañana en el hombre más famoso de Inglaterra.

Y por un momento pasó por la mente de Mallory un pensamiento sin sentido, un pensamiento horrible al que no quiso dar crédito. Aquel pensamiento era como una extraña película compuesta de varias imágenes: en una se veía a Barton fracasando como dibujante; en otra se veía al mismo Barton rumiando su rencor, su odio hacia una humanidad que no le tenía en cuenta; por fin, en la última a Barton caracterizándose como un monstruo, con unas garras postizas y unos pies también postizos imitando zarpas de lagarto. Un Barton decidido a demostrar a la humanidad que era más fuerte que ella.

Pero enseguida alejó aquel pensamiento.

Barton era un pobre muchacho. Un artista que tenía que dibujar viñetas de aventuras porque de otro modo no se hubiera ganado el pan, pese a ser un dibujante de calidad. Un hombre incapaz de matar una mosca.

Además ahora se le veía aterrorizado.

Toda aquella idea de que Avernus pudiera estar flotando en torno suyo le sacaba de quicio.

O al menos lo parecía.

Si estaba fingiendo tener miedo, lo fingía muy bien.

—Mallory —bisbiseó—, celebro haber venido a verte porque al menos me has dado una idea, una orientación. Tal vez envíe ese dibujo al Mail, pero ante todo necesito que me creas. No soy un borracho ni un loco. Yo vi a Avernus. Te juro que Avernus existe.

—¿Dónde lo viste?

Barton extrajo de uno de sus bolsillos un mapa de Londres doblado cuidadosamente. Y lo extendió sobre el cadáver, como si estuviera ya tan acostumbrado al horror que no le importase aquel detalle.

—Mira, fue aquí. Aquí exactamente, en este cruce del barrio de Whitechapel. Hay un solar lleno de ruinas, y en ese sitio fue donde apareció Avernus;

Mallory cerró el plano lentamente y se lo devolvió a Barton.

Todo aquello le producía vértigo.

No quería creer en aquel relato de pesadilla, y además tenía cosas más importantes en qué pensar.

—Vete tranquilo, Barton. Y ahora, por favor, deja que siga con mi trabajo.

—¿Qué haces? ¿Por qué estás encerrado aquí?

—Estoy ensayando un nuevo método de cirugía. Trato de salvar la vida de una mujer, aunque dudo que ello sea posible.

Barton se llevó un momento las manos a los ojos.

—Yo trato de salvar la vida a toda una ciudad —musitó—, aunque también dudo que ello sea posible.

Y salió tan silenciosamente como había entrado.

Como un fantasma.

CAPÍTULO VI

LAS sombras de la noche habían caído de nuevo sobre Londres cuando el «Ford Capri», blanco, de Silvia Balmoral entró en el patio del instituto que había sido de su padre y que ahora le pertenecía a ella. Entre el «Ford Capri» y el «Rolls», prefería el primero para el tráfico de Londres. Mientras un portero se ocupaba del coche, ella fue directamente hacia el laboratorio donde trabajaba Mallory.

Le sorprendió encontrarle de aquel modo.

Realmente fue un impacto para Silvia. Y hasta tuvo que ahogar una exclamación.

No es que a Mallory le sucediera nada extraño. Pero Silvia Balmoral no recordaba haber visto nunca a un hombre tan cansado, tan absorto, casi tan desesperado como aquel.

Seguía trabajando.

Pero ahora en un nuevo cadáver.

Estaba muy pálido.

Su barba era de dos días y tenía los ojos espantosamente cargados de sueño.

Silvia Balmoral avanzó hacia él mientras balbucía:

—Pero Mallory..., ¿aún estás aquí?

Él apenas la miró.

—Ah, eres tú... —dijo distraídamente.

—¿Pero qué pasa? ¿Llevas dos días metido aquí dentro?

—Sí.

—¿Sin dormir?

—¿Crees que puedo dormir ahora? La enfermedad de Sally es

algo galopante. Si no me ocupo de ella enseguida, si no hago algo para salvarla, morirá sin remedio.

—¿Pero tampoco has tomado ningún alimento?

—Sólo un poco de café con unas pastillas estimulantes. ¿Para qué necesito más?

Ella le miró con expresión de horror.

—Fred..., ¡te estás deshaciendo!

Él puso un cigarrillo entre sus labios con expresión concentrada, terca, con la mirada tenazmente perdida en el vacío.

—Es extraño —dijo—, pero a pesar de que me siento al borde de mis fuerzas, vuelvo a ser feliz. Vuelvo a tener la sensación de que soy útil para algo. Desde que tuve aquel accidente he sentido como si me faltara el aire. Ahora sé que necesito volver a ser el que fui... ¡Lo necesito desesperadamente!

El cigarrillo resbaló de entre sus labios.

Parecía no tener fuerzas ni para sostenerlo.

—Además estás tú, Silvia —dijo con un soplo de voz.

Dio la sensación de que no se daba cuenta de lo que decía. De que eran sus pensamientos los que habían hablado por él.

Silvia musitó:

—¿Yo?...

—Perdona... Acabo de decir algo sin sentido, Discúlpame y olvídalo.

Y volvió a tomar el bisturí.

Lo oprimía con todas sus fuerzas.

Como si aquello fuera lo único que le uniese a la vida y temiera perderlo.

Silvia Balmoral se fijó mejor en él.

En sus anchas espaldas, en su rostro enérgico y en sus ojos azules cargados de sueño. Aquel hombre de maravillosa arquitectura, aquel admirable ejemplar humano, se estaba desintegrando lentamente, Era digno de lástima. Sus espaldas se encorvaban, sus ojos perdían luz, sus brazos colgaban sin fuerzas.

De seguir así se convertiría en un guiñapo.

Un ser humano no puede vivir sólo de su fuerza de voluntad. Necesita comer, dormir. No puede andar por la vida despreciándolo todo y diciendo simplemente: «¡Yo tengo fe!»

—Mallory —musitó—, no resistirás un día más,

—Tengo que resistir todo lo que haga falta.

Ella se encogió imperceptiblemente de hombros y salió. La última visión que tuvo de él fue la de un hombre que tomaba febrilmente apuntes mientras se caía de debilidad y de sueño.

La muchacha salió del instituto.

Su coche estaba perfectamente aparcado en la zona del patio reservada a los visitantes de prestigio. El portero le abrió la portezuela y ella arrancó. Parecía tener bastante prisa.

Con la llegada de la noche, el tráfico de Londres había disminuido mucho. Cerca de Picaddilly los vendedores de periódicos voceaban la edición extraordinaria: «¡Últimas noticias! ¡Una pareja descuartizada en Charing Cross! ¡Un nuevo crimen del monstruo! ¡Últimas noticias!»...

Todo aquello llegó a oídos de Silvia como una música lejana.

Ella pensaba en otra cosa.

Se dirigió a Green Park y allí aparcó ante la casa de Sally, la misma que ya había visitado con Mallory dos días antes. Como tenía un llavín, entró directamente.

Mara, el ama de llaves, ya no estaba allí.

La muchacha dirigió una ojeada al dormitorio de Sally y luego fue a la salita, marcando un número de teléfono.

Se movía con tanta familiaridad como si estuviera en su propia casa.

El número del teléfono que había marcado era el que comunicaba directamente con el laboratorio en que estaba encerrado Mallory. La voz cansada de éste le respondió al cabo de unos instantes.

—¿Quién llama?

—No te sorprendas, Fred. Soy yo la única que tiene ese número. Soy Silvia.

—He reconocido tu voz. ¿Qué pasa?

—Estoy asustada, Mallory.

—¿Por qué?

—Yo diría que Sally está mucho peor. Tengo la sensación de que agoniza.

—Dios santo...

—¿Qué debo hacer? ¿Llamar a un médico de urgencia?

—No, porque no resolvería nada. En su estado es lógico que tenga crisis durante las cuales parecerá que entra en coma, pero luego se repondrá. Claro que llegará un momento en que una de esas crisis será fatal, pero por el momento no corre peligro. ¿Tiene vómitos?

—Creo que no.

—Eso es lo único que has de vigilar. Si los tiene avísame inmediatamente. Pero lo que sucede indica que yo tenía razón, Silvia: no puedo permitirme el lujo de descansar ni un minuto. He de trabajar día y noche hasta que al fin crea que puedo operarla.

—Fred...

—¿Que?

—Nunca he pedido favores —susurró Silvia—, pero te lo suplico con todas las fuerzas de mi vida: no lo dejes ahora. Trabaja sin descanso. Trabaja día y noche, Fred. Ya sé que es cruel decirlo, pero de ti depende todo. Has de sacar fuerzas de donde sea... ¡aunque te caigas rendido has de hacerlo, Mallory! ¡Ahora comprendo que de ti depende todo!

—Aunque caiga rendido lo haré, Silvia. Aunque sea la última cosa que haga en mi vida.

Silvia farfulló:

—Por favor, trabaja...

Y colgó lentamente.

Luego su mirada paseó por la elegante salita, donde había un diván, varias butacas, un bar, un tocadiscos...

Y un cigarrillo encendido.

Y un vaso de licor.

Y una chica que estaba disfrutando de ambas cosas.

Una chica con las piernas cruzadas, con expresión divertida y con una mirada levemente sardónica en sus ojos claros.

Silvia miró a Sally.

Y Sally, mientras soltaba el cigarrillo, musitó:

—Querida..., ¿no crees que exageras un poco? ¡Ese hombre se va a matar! ¡Puede que ya esté muerto!

Y lanzó una carcajada alegre cantarina, una carcajada cargada de burla, de desdén, de desprecio.

Una carcajada que hubiera enloquecido a Mallory caso de poder oírla.

Silvia la coreó inmediatamente. Las dos rieron mientras se abrazaban hasta que quedaron sin respiración, hasta que no pudieron más, hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Fue Silvia la primera en calmarse.

—¿Te imaginas? —preguntó—. ¡Lleva ya dos días y dos noches allí! ¡Sin comer siquiera! ¡Ay! ¡Yo me troncho!

Sally alzó los brazos al aire.

—¿Para salvarme?

—¡Para salvarte!

—¿Pero qué esperas? ¿Es que ese hombre es idiota? ¿Acaso no se ha dado cuenta de que no tengo nada?

Los ojos de Silvia Balmoral brillaron con una chispita de rencor.

Su rostro se afiló, se hizo duro, tenso. Fue el rostro de una mujer que había sido humillada aunque fuera por un momento, y que no sabía perdonar.

—Ese hombre es idiota —dijo secamente—. Lo noté desde el primer día. Ha creído que es un gran médico y en realidad es un don nadie. No tiene ni idea de lo que se lleva entre manos. Parece mentira que sea un profesional. No he visto a nadie tan imbécil.

Sally volvió a reír mientras echaba la cabeza hacia atrás, mostrando su nívea garganta.

—¿Que te parece? ¡Es increíble! ¡Ha dicho que iba a morir!

—¡Y sólo ha faltado que viniera a verte la próxima vez vestido con un traje negro!

Las dos lanzaron una nueva y estruendosa carcajada.

Silvia Balmoral volvió a serenarse otra vez.

Pero su serenidad era fría, sarcástica. Aún brillaba en sus ojos aquella chispita rencorosa.

—El pobre ha prometido curarte. Y estudiará día y noche para encontrar algún remedio... hasta que caiga rendido. Entonces habrá llegado el principio de mi venganza. Él me humilló. Se atrevió a humillarme a mí, una Balmoral. Te juro que lo pagará.

Bebió un sorbo del vaso de licor que su amiga había dejado sobre la mesa.

—Por cierto, Sally —dijo—, lo has hecho estupendamente. Con

aquella carita de niña buena, mientras él te examinaba, parecía que de verdad fueras a morirte.

—Es que no te lo puedes ni imaginar —dijo Sally, riendo—. Mientras él me examinaba llegué a sugestionarme de tal modo... ¡que hasta me sentía mal!

—Has estado sensacional, Sally.

—A Mara, el ama de llaves tendré que subirle el sueldo. Ella también disimuló muy bien. Pero hay una cosa que me extraña, Silvia...

—Dime.

—Acabas de asegurar que cuando él estuviera rendido, muerto de hambre y de sueño, habría empezado tu venganza. Yo creí que tu venganza terminaría ahí. Pensaba que con humillarle y demostrarle que no entiende nada, ya tendrías bastante.

—Al contrario. Entonces empezará lo peor para él.

—¿Qué quieres decir?...

—Quiero que todo el mundo se entere de lo imbécil que es ese hombre. Le voy a dejar en un ridículo de alcance universal. Aparecerá en un libro que espero se venda en todo el mundo.

Sally hizo un gesto de sorpresa, mientras encendía un nuevo cigarrillo.

—¿Es que estás escribiendo un libro? —musitó.

—El mejor reportaje periodístico que se ha escrito este siglo en Inglaterra.

—Pero tú no eres periodista...

—¿Y qué? Tengo más sentido de la actualidad que muchos de los que firman en los periódicos. Verás. Te explicaré cuál es mi plan.

Encendió ella a su vez un cigarrillo y continuó:

—Estoy realizando tres experiencias que valen la pena. Una de ellas demostrará hasta qué extremos de estupidez llegan nuestros médicos considerados «brillantes», como lo era Fred Mallory. Porque pienso explicar todo lo que me ha sucedido con él, desde el momento en que te visitó hasta que se dé por vencido. La segunda experiencia demostrará lo imbéciles que son nuestros banqueros. También pienso explicarlo en mi libro-reportaje. ¿Sabes lo que he hecho? Pedir un préstamo de cincuenta mil libras fingiendo que

estoy algo apuradilla de dinero, y al mismo tiempo esparcir discretamente el rumor de que los asuntos de mi familia van mal. ¿Sabes lo que ha ocurrido? Pues que cuando voy a un Banco ya no me recibe el director, sino sólo un secretario subalterno. Que me han retirado el descuento de las letras y comprueban dos veces todos los cheques que yo firmo antes de pagarlos.

Sally puso rostro de asombro.

—Pero Silvia..., ¡si tu familia posee una fortuna inmensa! ¡Y tú nada en oro!

—Precisamente por eso. Demostraré que nuestros Bancos se guían sólo por rumores y por indicios, sin ninguna comprobación seria y sin ninguna base científica.

—Tu libro puede ser un fabuloso éxito, Silvia. Ahora me doy cuenta.

—Pero aguarda. Aún queda lo mejor.

—¿Lo mejor?...

—También demostraré que la policía, es decir el famoso Scotland Yard, está compuesto por una pandilla de funcionarios gandules, rutinarios y de inteligencia corta, que harían un gran servicio al país jubilándose cuanto antes.

—Pero eso es muy difícil... Incluso te diría que es peligroso. ¿Qué piensas hacer?

Silvia rio quedamente tras beber un nuevo sorbo de licor.

—Aún no puedo decírtelo exactamente, pero tengo la historia casi terminada —musitó—. Sólo me faltan unos pocos detalles. En fin, ten algo de calma porque la cosa vale la pena. Te lo explicaré todo mañana...

CAPÍTULO VII

Y, en efecto, fue al día siguiente por la mañana cuando Silvia Balmoral volvió al departamento de su amiga, contiguo a Green Park. Sally acababa de desayunar y tenía un aspecto satisfecho, aunque estaba algo pálida. Silvia puso un ejemplar del Daily Mail encima de la mesa.

—Mira —susurró.

Sally lo contempló con interés y al propio tiempo con miedo.

—¿Pero qué es esto? —balbució.

—Ya lo ves: un monstruo.

—Un monstruo dibujado en primera plana...

—Sí. Una cara con escamas, unas zarpas que parecen de oso y unos pies de lagarto. El resto no puede apreciarse, porque lleva una especie de capa negra que lo cubre. Pero éste es, según parece, el terrible Avernus, el que siembra el pánico en Londres.

—¿Y publican su dibujo ahí? Es absurdo...

—Te explicaré. El Daily Mail abrió una especie de concurso.

—¿De monstruos?

Silvia Balmoral sonrió y explicó a su amiga lo que sabía de aquello. En realidad el mismo periódico, en el texto situado debajo del dibujo, lo explicaba bien. Por ahora sólo una persona, el dibujante Barton, se había atrevido a decir cómo era Avernus. Y hasta afirmaba haberlo visto.

—Ridículo —musitó Sally—, totalmente ridículo.

—Eso mismo pienso yo.

—¿Y qué relación tiene todo esto con la última parte del plan

que me ibas a explicar anoche?

—Una relación muy estrecha.

—Si no lo aclaras, no lo entenderé.

—Claro que sí; te lo aclararé enseguida,

Y Silvia Balmoral encendió un cigarrillo mientras musitaba:

—¿Tú sabes que mi novio es el doctor Anthony Rafols?

—¿Cómo no he de saberlo? Si no te has arrepentido ya, soy una de las personas invitadas a vuestra boda, para cuando ésta se celebre.

—Y se celebrará cuando entre los dos nos riamos de la policía —dijo tranquilamente Silvia.

—Tu plan es más que extraño. ¿Puedo saber, en definitiva, qué es lo que piensas hacer?

—Claro que sí... Y voy a explicártelo con detalle para que lo entiendas. A Anthony Rafols, como sabes, le concedimos el premio del Balmoral Institute. Fue un modo como otro cualquiera de promocionar su nombre, porque yo no puedo casarme con un cualquiera. Yo tengo que casarme con un hombre famoso.

—No es que yo comparta tus ideas, pero te entiendo perfectamente —musitó Sally.

—En fin, Anthony, al que su familia nunca ha tomado demasiado en serio, haría cualquier cosa por mí. Sabe que, en cierto modo, depende de mi generosidad. Si yo le dejo caer, se caerá. En confianza, y entre nosotras, no es ningún gran médico.

—¿Peor que Fred Mallory?

Silvia Balmoral lanzó una brutal carcajada.

—¿Pero qué dices? ¡Peor que Fred Mallory ya es imposible!

Y dio una lenta chupada al cigarrillo mientras desde los grandes ventanales atisbaba los árboles de Green Park, las casas señoriales y tristes, todo aquel pedazo del Londres Victoriano y pasado de moda, aquel Londres siempre extraño, siempre contradictorio, siempre brutal, donde antaño cometió sus crímenes Jack el Destripador y ahora los cometía Avernus.

—El caso —continuó Silvia pensativamente— es que, como te decía, Anthony Rafols haría cualquier cosa que yo le dijese. A veces hasta me da un poco de lástima. ¡Tan sumiso, tan dócil!... Le voy a pedir que se busque unos disfraces como para asemejarse a

Avernus. Si, ese Avernus que ves ahí dibujado en el Daily Mail. No te asustes...

—¿Pero dónde va a conseguir esos disfraces? ¿Y quién le maquillará?

—Ya he hablado con él. Anthony conoce a un maquillador estupendo. Un hombre ya retirado del teatro, pero que en sus tiempos fue un verdadero artista. Esa misma persona puede conseguirle lo necesario. Tiene una verdadera colección de disfraces teatrales. Una especie de museo fabuloso.

Sally se llevó las manos a la garganta, y de pronto notó que las tenía levemente crispadas.

No sabía bien por qué.

—Silvia, casi me das miedo... —bisbiseó.

—¿Miedo? ¡Qué tontería! No seas simple, Sally. Se trata de un disfraz y de un maquillaje. Hasta que he visto el dibujo del Daily Mail no he tenido una idea clara sobre esto, pero ahora sé exactamente lo que voy a hacer.

—¿Y qué vas a hacer, si puede saberse?

—He pedido a Anthony que se disfrace, y él ha accedido. Mi plan es sencillo: Anthony hará un par de apariciones de modo que se le vea, aunque sin correr peligro por su parte. Luego volverá a su vida normal, aunque dejando algún leve indicio que permita relacionarlo con Avernus. El «quid» de la cuestión consiste en saber si la policía seguirá ese indicio. Y sí que lo seguirá. Pero, ¿qué crees que va a ocurrir?

—Pues... pues de verdad que no lo sé.

—Ocurrirá lo que ocurre siempre. En cuanto Scotland Yard llegue ante la figura de Anthony Rafols, Scotland Yard se detendrá. Porque Anthony Rafols es un hombre respetable, de buena familia, aunque personalmente no tenga gran valor. Es un intocable. ¿Qué te juegas a que la policía no se atreve ni a interrogarlo? Con eso demostraré la última cosa que quiero demostrar en mi libro-reportaje. Anthony explicará lo que ha hecho y las pruebas que ha dejado, y yo explicaré a mi vez con pelos y señales la actuación de la policía. Así se enterará toda Inglaterra del hatajo de inútiles y gandules a los que estamos pagando. Todo eso lo voy a poner en práctica enseguida, Sally. ¿Qué te parece?...

—Pues... pues que eres el mismísimo diablo.

—Un diablo que dirá muchas verdades, Sally. Comenzando por ese idiota de Fred Mallory. ¿Qué? ¿Cómo te sientes?...

Sally retiró de la garganta sus manos que aún seguían levemente crispadas.

—Pues, ¿qué podría decirte? —musitó—. Tal vez ese pobre hombre, con sus experimentos, ha llegado a obsesionarme. Si hasta... ¡si hasta me duele la cabeza!

Silvia lanzó otra vez una carcajada estentórea.

—¡Ese es el tumor cerebral! ¡Es el tumor que él va a operarte! ¡Pues ten cuidado, Sally! ¡Creo que en la Facultad le enseñaron a abrir la cabeza con un martillo!...

Y ahora rieron las dos. Rieron cruelmente hasta que sus bocas se secaron y les hicieron daño las gargantas.

Rieron hasta que les asustó el propio sonido de sus risas...

CAPÍTULO VIII

ANTHONY RAFOLS dijo:

—Es aquí.

En la neblinosa tarde londinense la casa tenía un cierto aspecto fantasmal y obsesionante, como si acabara de surgir de una ciudad olvidada que no era la que ellos conocían. Era aquel un poco el Londres de Jack el Destripador y del doctor Crippen, el Londres de los asesinos y de los espectros, el que también inmortalizaron hace años las aventuras de aquella especie de hijo de la niebla que se llamaba inspector Dan.

—Un sitio sorprendente —musitó ella.

No habían llegado en coche hasta allí. Habían preferido andar a través de las calles tranquilas y quietas. Y ahora estaban ante el viejo edificio como si se enfrentaran a un fantasma, como si pensarán que detrás de sus muros había algo desconocido y obsesionante.

—Un viejo maquillador de teatro no tiene demasiado dinero ahorrado —explicó Rafols—, y apenas cobra retiros o seguros. Un hombre como él tiene que pasar forzosamente sus últimos años en uno de los barrios más tristes de Londres. ¿O dónde querías que viviera ese pobre tipo? ¿En el palacio de Buckingham?

Silvia se mordió el labio inferior.

—Tienes razón; perdona. A veces tengo la sensación de que, como yo soy rica, todo el mundo lo es.

—Un error que deberías quitarte de la cabeza Silvia.

—Eso es cierto. Pero, en fin, el maquillador que tú has elegido vive aquí. Yo no tengo la culpa si su casa es fea. ¿Qué?

¿Entramos?...

Rafols negó con la cabeza.

—Silvia —musitó con expresión grave—, voy a hacerte un favor porque tú me lo has pedido. Voy a hacer lo que tú quieres que haga porque tienes fe en tu libro y en tu experimento social. Y yo no puedo negarte nada, pero no pretenderás que encima tu idea me entusiasme.

—No vas a correr ningún peligro, Anthony. Yo me encargo de...

—No es eso. Ya sé que no voy a correr ningún peligro. Pero el papel que me corresponde no es, digamos, muy agradable. Yo soy algo así como el espantapájaros, ¿no?

—Anthony, si te lo tomas de esa manera...

Él se encogió de hombros.

—No, no es que me lo tome de ningún modo —dijo—, pero quiero que te des cuenta de que a ti te corresponde el papel brillante, y a mí todo lo contrario.

—Es lógico, puesto que yo he tenido la idea. Pero puedo garantizarte que no quedarás mal, Anthony. Yo...

—Eso es indiferente, Silvia. Tampoco te exijo grandes cosas pero al menos no quiero que me veas disfrazado de ése modo. Ni quiero que conozcas al maquillador. Con que yo cumpla lo que tú me has pensado, ya basta.

Silvia Balmoral se sintió un poco humillada, como si se diera cuenta, de repente, de que estaba pisando terreno falso, y de que para hacer lucir su nombre jugaba realmente con la reputación de los demás.

Pero no se arrepintió.

Ya no estaba dispuesta a volver atrás.

—Como tú quieras, Anthony —dijo—. ¿Cuándo harás la primera aparición?

—Hemos acordado que esta noche.

—Maquíllate exactamente igual que en el dibujo del Daily Mail. A estas horas ya todo Londres lo conoce.

—No temas; lo llevo en el bolsillo.

—¿Dónde aparecerás?

—Donde hemos convenido. El maquillador me llevará en el portamaletas de su coche hasta el parking que hay en el lado

derecho de Hyde Park. Como de costumbre, al menos dos docenas de parejas estarán besándose dentro de los coches. Yo me dejaré ver, provocaré unas cuantas escenas de pánico y luego me refugiaré en el mismo portaequipajes. Acto seguido regresaré aquí. Esa será mi primera aparición. Estoy seguro de que nadie podrá seguirme.

—¿Y la pista, Anthony? ¿Has olvidado la pista que debes dejar a la policía?

—No, no la he olvidado. Una pastilla de talidomida, la «droga de la fecundidad» prohibida por las leyes (1). Un stock de esas pastillas, para fines experimentales, lo hay solamente en el hospital donde yo trabajo.

(1) La talidomida es un producto que se ideó para combatir la esterilidad femenina, pero ha creado fetos humanos totalmente monstruosos, como por ejemplo, carentes de brazos o piernas. Los autores de la fórmula han sido condenados y todas las legislaciones prohíben su uso. (N. del Al)

—No será tan difícil que sigan ese rastro, por muy imbéciles que sean —murmuró despectivamente Silvia—. Y ahora gracias, Anthony. Veo que me has comprendido muy bien. Manos a la obra.

Él se dirigió en silencio hacia la casa oscura y espectral, como un dedo señalando al cielo en la quietud de la noche.

—Pero no olvides que el verdadero Avernus existe —balbució—. No olvides que jugamos a un juego maldito.

—Claro que Avernus existe —balbució Silvia—. Claro que si..., ¿quién lo duda? ¿Pero piensas que tiene de verdad ese aspecto del dibujo del Daily Mail? No... A lo peor Avernus tiene aspecto de cobrador de contribuciones. Parecerse a ese dibujo... ¡Uf! ¡Qué tontería!...

CAPÍTULO IX

FRED MALLORY se pasó la mano derecha por los ojos cargados de pesadez y de sueño.

Ya no podía más.

Le parecía que hacía siglos que no tomaba una comida caliente, que no se tumbaba en una cama para descansar. Le parecía que hacía siglos interminables que no era un hombre como los otros.

Su cuerpo se negaba a seguir.

Sus dedos estaban hartos de empuñar el bisturí, de experimentar en cadáveres la técnica operatoria que podía salvar la vida a Sally y devolverle la confianza en sí mismo. Todo su cuerpo se rebelaba, se hundía, pero su voluntad aún seguía firme. Su voluntad aún gritaba, en medio del atroz cansancio: «¡No puedo ceder! ¡No puedo ceder ahora! ¡Yo tengo fe!»

Miró sus manos.

Ya lo veía todo borroso.

Apoyó la cabeza en una pared y cerró un momento los ojos, que le dolían espantosamente por dentro.

Fue entonces cuando sonó el teléfono.

Lo descolgó pesadamente.

—Dime, Silvia —musitó.

Últimamente Silvia le llamaba casi cada dos horas y para pedirle que perseverara, que siguiera hasta el fin costara lo que costase. Para pedirle que no desmayara aunque el cuerpo se negase a seguirle.

Había que ver el interés que se tomaba Silvia.

Era conmovedor.

Pero esta vez le contestó una voz masculina.

—Fred, por favor... Yo no soy Silvia ni nada parecido. ¿Es que tengo voz de señorita?

—Perdona, ¿quién eres?

—Barton. ¿Es que ya no me reconoces?

—Ahora sí. Pero es que estoy trastornado, ¿sabes? Soy incapaz de ponerme en pie.

—¿Aún sigues con eso?

—Sí.

—¿Vas a operar a la chica?

—Creo que no hay más remedio que hacerlo, si aún quiero evitar que muera.

—Fred, yo ya comprendo que soy pesado, ya comprendo que mis preocupaciones no deben importarte...

—Yo quiero ayudarte, Barton. No te preocupes. Sigue.

—Eres el único hombre en el que puedo confiar, Fred Mallory. El único amigo que realmente tengo.

—Un amigo que no vale gran cosa...

—A veces todo depende de la voluntad, Fred. Bueno, a lo que iba. Te llamo porque esta mañana ha aparecido el dibujo en el Daily Mail. He hecho lo que tú me dijiste.

—¡Ah! ¿Ya ha aparecido?

—¿No has visto el periódico, Fred?

—Te confieso que no tengo tiempo para leer nada. Y no sé si mis ojos me lo permitirían.

—Pues el dibujo ha aparecido. Es... es impresionante. No sé cómo explicártelo. Lo dibujaba en aquellos cuadernos de aventuras y me parecía una cosa cualquiera. Pero al verlo en uno de los primeros periódicos del país, me ha parecido completamente distinto. ¿Quieres creerme si te digo que estoy impresionado? ¿Que me asusta pensar que ese monstruo existe?

—No pienses en ello, Barton.

—Pues no logro quitármelo de la cabeza.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Ya sé que pensarás que no hago más que darte la lata. Pero, ¡por favor! Yo te señalé en el plano el sitio donde lo había visto.

Quiero que te convenzas. Quiero que vayas... Quiero que, que...

—Pero no seas niño, Barton... ¿Piensas que voy a encontrar a Avernus allí? ¿Que me estará esperando con su tarjeta de visita sólo para demostrarme que tú tienes razón?

—No, Fred, ya sé que no. Pero quiero que veas aquello. Quiero que te convenzas de que efectivamente pude encontrarlo allí.

Fred Mallory tragó saliva.

—¿Tan siniestro es aquello, Barton?

—No lo sé... ¡Yo mismo no lo sé, Fred! ¡Pero quiero que lo veas! ¡Quiero que te convenzas de que no soy un loco!

—Nadie ha dicho que lo seas, Barton.

—Por favor... ¡Ve!

—De acuerdo, de acuerdo... Iré, no te preocupes. Y ya te diré mañana lo que me ha parecido.

Colgó.

La verdad era que se sentía destrozado.

Y hubiera hecho cualquier cosa para no oír la voz de Barton.

Cerró los ojos un momento más, mientras volvía a apoyarse en la pared. Todo parecía dar vueltas, vueltas... Y entonces comprendió que si continuaba encerrado allí acabaría volviéndose loco.

Sus músculos, sus ojos, su sangre le pedían un poco de libertad.

Metió maquinalmente la cabeza bajo el grifo del agua, se peinó un poco y, sin afeitarse ni anudarse bien la corbata, salió del Balmoral Institute. Visto así, con las manos en los bolsillos y un cigarrillo sin encender en los labios, parecía un vagabundo. Y dio vueltas y más vueltas sin saber adonde ir, como obsesionado con sus propios pensamientos y como deslumbrado por las luces de Londres.

Había poca gente incluso en Picaddilly Circus.

Y poca gente hasta en Carnaby Street...

¡Y diríase que la propia Charing Cross estaba vacía!...

La gente parecía haber cobrado miedo a las noches de Londres. ¿Era quizá por el monstruo? ¿Era quizá por aquel dibujo de Avernus reproducido en millones de ejemplares con sólo estas mágicas palabras encima: «Extra, extra, extra»?

¡Cualquiera sabía por qué!

Pero lo cierto era que esta noche Londres tenía un aspecto distinto.

Mallory descendió maquinalmente hasta el Metro en las cercanías de Regents Street y se dejó conducir hasta Whitechapel, en la zona que le había indicado Barton.

Aquel era aún el Londres de los viejos tabernuchos y de los callejones mortuorios, el Londres que va desapareciendo mientras aumentan los rascacielos y la música «pop». Era un viejo Londres de Sherlock Holmes que dentro de pocos años quizá ya no existiría.

Fred Mallory se adentró en él. Pareció flotar como una sombra más por las esquinas cargadas de niebla.

Como un espectro más en aquel viejo Londres de los espectros...

CAPÍTULO X

NO sabía por qué estaba allí. Pero cuando se detuvo en la primera esquina y se puso a pensar, comprendió que no le había guiado ningún deseo consciente. Era como un impulso errabundo, como un oscuro deseo que no había sabido controlar. Pero, en fin, ya estaba allí. Ya estaba en el terreno que le había indicado Barton.

El terreno de las extrañas aventuras de Avernus, unas aventuras en las que él no podía creer.

Whitechapel.

Con sus tabernas cerradas y con sus esquinas muertas.

Con algún que otro borracho tumbado aquí y allá. Borrachos de ojos traslúcidos que no veían nada.

Mallory siguió caminando.

Y llegó de pronto ante aquel solar, deteniéndose como si una fuerza misteriosa hubiera presionado sobre él.

Como si hubiera chocado con un muro invisible.

Todo aquel espacio ruinoso, tétrico, era como él lo había imaginado. El espacio de que le habló Barton. Sí, justamente. Tenía que ser aquel.

Los muñones de la casa en ruinas emergían por entre la niebla como dedos descarnados. El silencio era atroz. Era un silencio donde se podía oír hasta su propia respiración, mezclada con el roce furtivo de los gatos.

Mallory recordó el plano.

Sí; era aquello.

Aquellos, según Barton, eran los terrenos de Avernus, el lugar

donde lo había visto.

Se adentró en el solar.

Los cascotes estaban alineados, indicando que al menos en otro tiempo se trabajó allí. Formaban una especie de barricadas que impedían ver lo que uno tenía a dos yardas. Mallory llegó a sentir como un ramalazo de miedo, pero lo dominó.

¿Avernus? ¡Qué tontería!

Llegó hasta el pie de la casa, en cuyas ventanas muertas ya habían anidado las lechuzas.

Le rodeaba un silencio denso, insoportable.

Un silencio que no parecía de este mundo y en el que la vida se hacía imposible.

Mallory fue a regresar.

No sabía bien por qué, pero no podía resistir más. Aunque eso fuera absurdo, se sentía sobrecogido.

Volvió la espalda para alejarse en dirección a la calle, saliendo del solar, y entonces la vio.

A la mujer. A aquella mujer espantosamente quieta.

A la mujer muerta...

CAPÍTULO XI

TAL vez fue una reacción algo extraña, pero justo en aquel momento todos sus temores desaparecieron. De pronto renació en él una especie de espíritu profesional que le hacía ver las cosas con la más absoluta frialdad.

Se inclinó sobre la mujer.

Había sido joven y bonita.

Lo había sido...

A pesar de que la lejana luz de los faroles no le permitía distinguirla bien, se dio cuenta de que había muerto como las otras. Y una sensación de hielo pasó por su espalda.

Yacía materialmente destrozada a zarpazos. Lo que quedaba de sus ropas estaba hecho jirones. En sus ojos abiertos había quedado vitrificada una última expresión de pasmo, de angustia, de horror.

Una expresión que Fred Mallory no olvidaría nunca.

Por su aspecto, la mujer parecía una cortesana de las esquinas de Whitechapel. No había allí tantas mujeres como en otro tiempo, pero aún era fácil encontrarlas. En los sórdidos callejones del doctor Jekyll aún palpitaban las mujeres que sin saberlo iban a morir.

Mallory miró en torno suyo.

Todo su cansancio, todo su sueño, habían desaparecido.

La proximidad del peligro hacía que sus nervios vibraran tensos como cuerdas de guitarra.

Ahora, de pronto, supo que Avernus existía.

Supo que tenía que estar allí...

Miró entonces en torno suyo y vio algo más, algo que no hubiera creído nunca. Las huellas de las zarpas estaban confusamente marcadas en el polvo del solar. Eran unas huellas grandes y profundas, como si un monstruo prehistórico o una especie de gigantesco hombre lagarto aún se paseara sobre la tierra.

Mallory las fue siguiendo.

Comprendía confusamente que estaba haciendo una locura.

El avisar a la policía hubiera sido mil veces mejor.

Pero una fuerza que venía del fondo de sí mismo le impulsaba a andar. Era la fuerza del hombre que nunca ha tenido miedo y que ahora está en los umbrales de lo desconocido. Por nada del mundo se hubiera detenido ahora Mallory. Por nada del mundo hubiera dejado de conocer aquel extraño secreto del Más Allá...

Avernus tenía que estar allí.

Y él lo encontraría.

Era una curiosidad científica más fuerte que él, algo que ni por un momento hizo pensar a Mallory que él también podía morir.

Descubrió entonces algo que era enormemente sencillo, pero que le llenó de perplejidad.

La boca de una alcantarilla.

No estaba bien encajada, y podía asegurarse que había sido removida muy poco antes.

Mallory palideció.

¿Tenía razón Barton? ¿Aquel monstruo vivía en las alcantarillas de Londres?

Mallory alzó la tapa.

Una vaharada fétida le envolvió.

¡Pero abajo había luz! ¡Las bombillas del túnel subterráneo estaban encendidas!

Mallory descendió.

Nunca había estado en una alcantarilla. Nunca se había encontrado metido en un túnel como aquél, donde las bombillas formaban una hilera que se perdía hasta el infinito.

Avanzó pegado a la pared.

No era exagerado decir que acababa de penetrar en un mundo de ultratumba. Estaba en un pedazo de Londres que, por decirlo así, no existía. Era un mundo irreal donde todo resultaba posible,

hasta la presencia de los monstruos que llegaban abismales desde el fondo de la prehistoria.

Mallory seguía avanzando.

Notaba el roce viscoso de la pared a su espalda. Mil ojos furtivos le contemplaban desde la penumbra. Las ratas estaban al acecho.

El silencio llegaba a ahogar.

Y de pronto aquel silencio fue roto.

Un paso, dos...

Pero aquello, ¿eran pasos?

¿O más bien el roce de las zarpas de una fiera?

Mallory se detuvo.

Sus ojos estaban desencajados.

Lo vio aparecer.

Y su primer sentimiento, por irreal que le pareciese a él mismo, no fue de miedo, sino de asombro. «Es absolutamente igual... — pensó—. ¡Es absolutamente igual que el que ha dibujado Barton! ¡Por lo tanto lo vio! ¡Por lo tanto es cierto lo que me ha dicho!...»

Veía las facciones cubiertas de escamas, y que recordaban vagamente unas facciones humanas. Un sombrero negro cubría la cabeza, y una capa del mismo color ocultaba el resto del cuerpo. Pero quedaban al descubierto las zarpas, que parecían las de un oso, con unas uñas aceradas y largas. Y quedaban al descubierto los pies, unos auténticos pies de lagarto que parecían haber llegado hasta allí desde el otro lado de las fronteras del horror.

Mallory sintió una mezcla de miedo, de repulsión y de entusiasmo.

Sí, de entusiasmo también.

Porque se encontraba ante una experiencia científica nunca realizada antes. Porque él era el único hombre que había visto cara a cara a una criatura mitad ser humano, mitad monstruo, una auténtica criatura del Más Allá. Porque era el único hombre que tenía delante a Avernus..., ¡y aún seguía vivo!

Pero no por mucho tiempo.

El monstruo tendió una zarpa hacia él.

La movía con una insólita rapidez, exactamente igual que la hubiese movido una fiera.

Pero Mallory también era ágil, y el cansancio no le impedía

contar con la plenitud de sus movimientos. Saltó al otro lado de la cloaca por encima del foso del agua sucia.

Avernus no le alcanzó.

Emitió una especie de gruñido gutural mientras le contemplaba desde el otro lado con unos ojos que tenían expresión casi humana, pero una expresión que al propio tiempo era demoníaca.

Pareció vacilar un momento.

¡Y al fin también saltó!

Su movimiento fue tan rápido como el de Mallory, y además le ayudaron sus zarpas prensiles. Mientras saltaba tendió de nuevo la zarpa derecha y esta vez sí que alcanzó al joven. Mallory sintió un terrible dolor, mientras todas sus ropas eran desgarradas. Las uñas perforaron el traje y la camisa y llegaron hasta su piel, donde dejaron marcados tres profundos surcos.

La sangre brotó.

Mallory sintió que vacilaba y le horrorizó pensar que iba a hundirse para siempre en aquel agua pestilente.

Esa sensación de horror fue la que le dio nuevas fuerzas para defenderse. Antes de que el monstruo le alcanzara de nuevo, retrocedió un poco y atacó con el pie. No derribó a Avernus, como había pretendido, pero al menos consiguió evitar el nuevo zarpazo.

El monstruo hizo una finta.

Atacó por donde Mallory menos esperaba, casi pegado a la pared. Y nuevamente le alcanzó, pero esta vez el joven tuvo la suerte de que las uñas penetraran en su hombrera izquierda. Lo que pudo haber sido un desgarrón mortal, quedó solamente en un nuevo y espectacular destrozo en sus ropas.

Mallory intentó retroceder de nuevo.

Se daba cuenta de que estaba perdido.

No podía luchar contra aquellas zarpas.

Dio otro salto hacia atrás, para esquivar el próximo ataque... ¡y resbaló! ¡Quedó de espaldas en el bordillo pegajoso, a cinco dedos de la fetidez del agua!

Ahora sí que no tenía escapatoria.

Avernus avanzó.

Y en sus facciones monstruosas le pareció notar a Mallory una sonrisa que era casi humana, una sonrisa despiadada, perversa...

Ahora Avernus fue a atacarle con los pies.

¡Con sus horribles zarpas de lagarto!

¡Y Mallory se dio cuenta de que ya no podía escapar!

No supo por qué, pero pensó en cómo aparecería su cuerpo de destrozado a la mañana siguiente.

Y en ese momento terrible, cuando todo estaba perdido para él, oyó una voz junto a la boca de la alcantarilla. Más bien fue un grito ronco, un grito de sorpresa de alguien que se negaba a admitir lo que estaba viendo.

Mallory volvió la vista hacia allí.

Se trataba de un *policeman*. Debía haber visto el cadáver, debía haber visto la tapa alzada y descendía por la escalera hasta las profundidades del subsuelo. Pero como todos los policías de Londres, no llevaba armas. No tenía más que su silbato.

Además estaba tan asombrado que era incapaz de reaccionar.

Sus músculos se negaban a obedecerle.

Una víctima demasiado fácil para Avernus.

El monstruo lanzó una especie de gruñido, mientras saltaba sobre Mallory. Las horribles zarpas le produjeron dos desgarrones en la cara mientras le empujaban hacia un lado. Mallory sintió un dolor tan fuerte que por unos instantes quedó sin respiración. Y en aquel momento vio ascender el agua hacia él. Vio ascender aquella masa nauseabunda, fétida.

Se dio cuenta de que caía.

Intentó sujetarse, pero el dolor de los zarpazos le impidió moverse a tiempo. Lo único que consiguió fue resbalar aún más hacia el fondo del foso.

Y entonces sus ojos se nublaron, mientras se daba cuenta de que se hundía sin remedio. Sus brazos se negaron a sostenerle mientras se daba cuenta de que iba a morir...

CAPÍTULO XII

CUANDO recobró el sentido tuvo una fuerte sensación de irrealidad. No le parecía verdad que aquello fuese la vida, es decir un nuevo contacto con su cuerpo y con sus pensamientos. Tenía la sensación de que estaba definitivamente en el Más Allá. De que todos aquellos rostros confusos, todas aquellas voces, eran solamente reflejos del otro mundo que a todos nos espera.

Pero una voz se esforzó en decirle en su interior: «Estás vivo... Estás vivo... ¡Reaccional!».

Con un terrible esfuerzo de concentración consiguió hacer algo más claras aquellas sensaciones. Y entonces se dio cuenta de que estaba en la única cama de una habitación pintada de blanco, y de que le habían vendado las manos y el pecho. Tenía un áspero sabor en la boca, pero no el sabor fétido del agua sucia, sino un sabor no menos desagradable a vomitivo y a desinfectante.

Tenía la suficiente experiencia en aquellos casos para saber que le habían hecho un lavado de estómago.

Menos mal, porque antes de que lo «pescasen» debía haberse tragado la mitad de las nauseabundas aguas que circulan por Londres.

Sus ojos se habituaron mejor a las imágenes que tenía delante.

Y vio que correspondían a tres personas. Una debía ser el médico encargado de aquel caso; el otro un policía al que sólo le faltaba llevar la chapa colgada de los dientes; y el tercero era alguien a quien conocía bien. Era... ¡era Barton!

—Barton... —balbució.

El médico le hizo una seña para que callase.

—No es que esté mal, doctor Mallory —dijo—, pero conviene que descanse. Oiga bien esto: nosotros haremos las preguntas. Usted se limitará a contestar.

—De acuerdo. Pero..., ¿pero dónde estoy?

—Esta es la sala de infecciosos del hospital general. Le hemos traído aquí porque sus heridas, al haber estado en contacto con el agua de las cloacas, necesitaban un tratamiento muy enérgico. También había tragado un par de litros de suciedad; le hemos tenido que hacer un lavado de estómago.

—Ya lo noto; tengo tal sabor a vomitivo que no puedo aguantarlo.

—Pues habrá de tener paciencia, colega. Usted ya sabe lo que son esas cosas.

—¿Dónde me pescaron?

—Fue casualidad. Usted flotó en las aguas residuales con medio cuerpo hundido en ellas. Y hubiese muerto ahogado de no estar unos obreros haciendo una limpieza unas quinientas yardas más allá. Fueron ellos los que le sacaron, más muerto que vivo.

—¿Y no notaron nada?

—Si se refiere a la muerte del policía, le contestaré que no, que no notaron nada. Tampoco se enteraron del asesinato de la mujer que yacía arriba, en el solar abandonado.

—Así..., ¿así que el policía murió...?

—Sí. Y he de decirle que... que estaba irreconocible. Prácticamente despedazado.

Mallory hubo de cerrar los ojos otra vez.

Sentía vértigo.

Fue ahora el policía quien habló.

Tenía una voz que quería ser amable, pero en realidad estaba cargada de tensión.

—Explique todo lo que sepa, doctor Mallory —dijo—, y procure no olvidarse de un solo detalle.

Mallory apretó los labios confusamente.

No sabía si sería justo decir que fue a Whitechapel porque se lo indicó el propio Barton. Tal vez con aquella confesión comprometería a su amigo para siempre.

Pero fue el propio Barton quien susurró:

—Puedes decir la verdad. Me he presentado voluntariamente. A nadie niego que vi a Avernus y que sé cómo es. Al contrario...

El policía gruñó:

—Este dibujante, antes casi desconocido, se está convirtiendo en el personaje más famoso de Inglaterra.

Mallory hubo de cerrar los ojos otra vez porque otra vez había pasado ante ellos una película particularmente repulsiva y odiosa. Una película en la que veía a Barton como un hombre desconocido, sin fama, odiando a la sociedad que no le tenía en cuenta. En las imágenes siguientes veía a Barton dibujando un personaje que en realidad era él. Un personaje que no sólo dibujaba, sino que ponía en práctica. Y la tercera imagen era la actual: Barton convirtiéndose en el personaje más famoso de Inglaterra.

Por otra parte era el que le había hecho ir al sitio donde podía tenderle una trampa.

El policía farfulló:

—¿Qué le pasa?

—Nada, nada... Perdone.

—Si se siente mal podemos volver más tarde. Está en su derecho al pedirnoslo. Este es un interrogatorio que no tiene carácter oficial.

—Nada de eso. Prefiero decir ahora todo lo que sé.

—¿Y qué sabe?

Mallory lo contó todo, desde la llamada telefónica de Barton hasta que perdió el sentido al caer al agua fétida de la cloaca. El policía tomaba notas silenciosamente. Al fin susurró:

—¿Cree que era un animal prehistórico?

La pregunta, un día antes, hubiese hecho reír a Mallory, pero ahora ya no sabía qué pensar.

—Me siento incapaz de dar una respuesta concreta —susurró—. Creo que acabaré volviéndome loco.

—Barton afirma que sí, que es un animal prehistórico.

Mallory tensó un poco los músculos.

—Entonces, ¿por qué viste ropas humanas?

—Algunos monos también visten prendas humanas —contestó el policía tranquilamente—. Es decir, si las encuentran se las ponen.

—Es verdad.

—Lo más increíble es que el monstruo también apareció en otro sitio muy poco después.

—¿Otro sitio?...

—Sí. Un parking al aire libre que hay cerca de Hyde Park. Muchas parejas van allí a hacer los preparativos para el amor. Un par de chicas lo vieron y se desmayaron.

—Es... es espantoso e increíble a la vez.

—Pues no quiera saber lo que dicen los periódicos esta mañana. Lo de Avernus es una verdadera pesadilla nacional. El Sun, que sigue publicando chicas guapas en la portada, pide también a sus lectores que no salgan por las noches.

Mallory bisbiseó:

—No puedo creerlo...

—Pues empiece a pensar en ello seriamente, Mallory. Londres es una ciudad inmensa, y como todas las ciudades inmensas está mal vigilada. Esa bestia repetirá sus golpes allí donde se lo proponga. Por otra parte aún no sabemos nada del monstruo; no sabemos ni siquiera si es inmune a las balas.

—¿Y piensa que una campaña de desprestigio caerá sobre Scotland Yard?

—Está cayendo ya.

—¿Han consultado a alguna autoridad científica? —susurró Mallory—. Quiero decir algún profesor de ciencias que pueda decir con seguridad si alguna vez ha existido un monstruo de esas características. Y si tiene alguna probabilidad de vivir en el subsuelo de Londres.

—Claro que sí. Hasta le diría que todas las autoridades científicas del país han sido consultadas en estas pocas horas. Los de los periódicos y los de la televisión se han lanzado sobre ellos como buitres. Si no he leído o visto doce entrevistas, no he leído ninguna.

—¿Y qué dicen?

El policía se encogió de hombros.

—Nadie se pone de acuerdo. ¿Y sabe lo que es eso? Ignorancia. Es lo que yo digo: ignorancia. Las cosas que sabemos de los monstruos prehistóricos se pueden contar con los dedos de las

manos. Sólo tenemos referencias de aquellos cuyos restos han llegado hasta nosotros. ¿Pero cuántos son? Una docena y media, como máximo. Imagino que dentro de un millón de años un cataclismo cambie la tierra y sólo queden restos de docena y media de los animales actuales. ¿Qué podrán creer los científicos de entonces? ¿Que sólo había éstos?

Hizo con la mano un gesto de desprecio.

—Los llamaríamos idiotas, ¿verdad? Bueno, pues eso es lo que los antiguos pueden llamarnos a nosotros desde el fondo de sus tumbas olvidadas. Ahora ningún científico se pone de acuerdo, pero la mayoría no niegan que un monstruo así puede existir.

—¿Y sería capaz de vivir en las cloacas de Londres? —barbotó.

—¿Y Por qué no? ¿Dónde iba a vivir? ¿En un banco de Hyde Park, para pronunciar discursos los domingos por la mañana? (1) Barton, el dibujante, me ha expuesto una teoría de gran interés. La teoría de que una de las alcantarillas de Londres hubiera atravesado en su recorrido una vieja gruta. Una gruta donde estuviese en hibernación ese raro animal prehistórico. Eso le habría vuelto a la vida, y en las alcantarillas habría encontrado alimentos de sobra, e incluso ropas con que cubrirse. Sí; es una teoría que tiene grandes posibilidades de corresponder a la verdad.

(1) Como se sabe, Hyde Park, el mayor parque de Londres, es el lugar escogido por los predicadores espontáneos y los políticos de poca monta para lanzar sus discursos a quien quiera oírlos. Esto sucede inevitablemente los domingos por la mañana, y las autoridades nunca prohíben tales actos, siempre que no perturben el orden público, cosa que por lo demás no suele suceder. Como máximo los policías pasean por entre los grupos poniendo «cara de póquer», en previsión de algún posible incidente. (N. del A.)

Mallory se pasó un momento las manos por los ojos.

No podía creer aquello.

¿Pero por qué no? ¡Dios santo! ¡Si él mismo le había visto!

Balbució:

—¿Cuánto tiempo he estado sin sentido?

—Casi quince horas, porque se dio muchos golpes. Lo de las alcantarillas ocurrió anoche, y ahora estamos a media mañana.

Mallory tembló.

¡Quince horas!

¡Quince horas perdidas sin remedio!

—Pero hombre de Dios —balbució el policía—. ¿Qué le pasa?

—Necesito volver al Balmoral Instituto. Preparo un trabajo allí; un trabajo del que depende la vida de alguien.

—No puedo autorizarle a salir, colega —susurró el médico—. Todavía no está bien.

—Se lo suplico... Bueno, ¿y a qué negarlo? O tiene que dejarme salir o tiene que colocarme un policía en la puerta, porque me escaparé.

El médico vaciló y al fin terminó encogiéndose de hombros.

—Está bien —dijo—. Aféitese y salga a mediodía, pero antes llámeme. Le administraré un par de inyectables que está necesitando.

—De acuerdo; lo haré.

Los tres se pusieron en pie.

Curiosamente el que estaba más hundido era Barton, el dibujante. Como si se sintiera responsable de haber creado aquel universo de horror. ¿O tal vez fingía?

A mediodía Mallory salió del hospital general y volvió al Balmoral Institute. Paradójicamente aquellas quince horas en que estuvo sin sentido le habían hecho un gran favor. Ahora volvía a sentirse fuerte y tenía la cabeza clara.

Pero, ¿podría recuperar el tiempo perdido? ¿Podría salvar a aquella mujer que estaba ya a dos pasos de la muerte?

Una mujer al borde de la agonía...

CAPÍTULO XIII

LA carcajada se transmitió por teléfono, llenando la habitación de ecos cantarines.

Sally, que hasta entonces se había estado conteniendo, rio larga y alegremente, mientras, al otro lado del cable, Silvia Balmoral sostenía el auricular.

—Estás muy alegre, Sally...

—Es que tú me has preguntado si estoy ya a punto de morirme... ¿Y qué puedo decirte? ¡Jamás he pasado una noche mejor! Hasta te explicaré que al acostarme veía las cosas un poco confusas, como si se doblaran ante mis ojos, y ahora las veo perfectamente otra vez. He dormido como una reina. ¿Y ese desgraciado, qué?... ¿Aún sigue preparando mi salvación en el laboratorio?

—Supongo que sí. Pero, espera, no cuelgues. Le llamaré por el otro teléfono.

Silvia llamó, y al cabo de unos minutos volvió a hablar de nuevo con su amiga.

—Claro que está allí, al pie del cañón. Acaba de explicarme que anoche tuvo un accidente, sin darme detalles acerca de él. Pero ya vuelve a estar trabajando como un loco. Me ha preguntado que cómo te encuentras, y yo le he dicho, claro, que a punto de morirte.

Sally lanzó otra sonora carcajada.

—Tan a punto de morirme, tan a punto de morirme, que ahora mismo me voy a jugar al club una partida de tenis. Pero, oye, sobre todo, sin que mi «salvador» se entere.

Ahora fue Silvia la que rio.

—Pero ten cuidado, Sally... ¡Ese tipo es una especie de peligro público! ¡No sé cómo vamos a convencerle de que no tienes nada! ¡En cuanto te agarre te opera!...

Y colgó.

De pronto ya no parecía tan alegre. De pronto una mueca de preocupación había aflorado a su rostro.

Aquel asunto iba sobre ruedas, y su libro en ese sentido sería un éxito. Produciría una verdadera revolución. También el asunto del crédito solicitado marchaba bien, en el sentido de que pondría al descubierto todos los absurdos mecanismos bancarios. Pero el tercer punto, el de Anthony Rafols, empezaba a parecerle peligroso. Avernus, como ya le llamaba todo el mundo, había cometido un nuevo asesinato la noche anterior, esa vez descuartizando a un policía. ¿Hasta qué punto tenía ella derecho a pedirle a Rafols que se disfrazase de monstruo? ¿No podría suceder algo irremediable?

Tomó el «Rolls» y condujo hasta Whitechapel. Lo dejó en un parking de pago de las cercanías y se encontró con Anthony Rafols en un viejo café donde habían acordado tener un cambio de impresiones.

Rafols ya estaba allí.

Parecía algo pálido. Diríase que había pasado muy mala noche. Sus manos temblaban en el borde de la mesa.

—Hola, Silvia.

No había apenas nadie en el viejo café. Un sol tibio penetraba por los cristales traslúcidos. Por las cercanías paseaban dos *policemen* pacíficamente, ya que la vigilancia se había doblado desde la noche anterior.

Silvia bisbiseó:

—Creo que he cometido un error, Anthony.

—¿Por qué?

—Lo he cometido al pedirte que te disfrazaras como Avernus.

—La verdad fue que no me gustó demasiado —dijo Rafols—. Especialmente desde que supe que pocos minutos antes había cometido un nuevo crimen, esta vez asesinando a un policía.

—¿Dejaste como pista la pastilla de talidomida?

—Sí.

—¿Y hasta ahora no te ha molestado nadie?

Rafols rio sin ganas.

—Ya ves que no.

—Vamos a dejarlo, Anthony.

—¿Por qué?

—Este juego es peligroso.

—¿Y qué creías? ¿Que uno podía disfrazarse de asesino y de monstruo sin que ocurriera nada?

—De momento no ha ocurrido.

—Pero puede suceder, ¿no? —musitó Rafols—. Un agente de Scotland Yard puede presentarse en mi casa dentro de una hora.

Ella se mordió el labio inferior.

—Por eso vamos a dejarlo, Anthony. Yo pensaba que eso de Avernus era sólo una invención más o menos fantástica. Hasta pensaba que podía ser una especie de locura colectiva. Pero ahora la figura de ese monstruo surge con todo su horror. No puedo pretender que te veas envuelto en esto.

Él se encogió de hombros.

—¿Y por qué no? Si a ti te gusta, ¿por qué no hacerlo?

—Te encuentro mi poco extraño, Anthony. No sé a qué viene esto de «si a mí me gusta».

—Al fin y al cabo la gente siempre me ha mandado —susurró él penosamente, mientras una especie de chispita de rencor brillaba en sus ojos—. Me mandaba mi madre y mi padre y a veces me insultaban porque decían que yo era un inútil. Luego me mandó mi hermana mayor. ¿Qué tendría de particular si ahora me mandarás tú?

Ella tendió la mano a lo largo de la mesa y estrechó la del hombre con un gesto de ternura y de afecto.

—Anthony, tú no has tenido una infancia feliz. Hasta te diría que has ido alimentando rencores durante ella. ¿Pero por qué no olvidas eso? Ahora podemos ser felices. ¿Qué nos lo impide?

Él volvió a encogerse de hombros casi imperceptiblemente.

—Nuestro compromiso matrimonial ha sido un poco un asunto de familia —murmuró—. ¿Cómo negarlo?

—Deja eso. No será nada difícil que nos queramos los dos.

—¿Sabes que te digo, Silvia? A ti tiene que darte una lección la vida.

—De acuerdo, quizá lo haya encontrado todo demasiado fácil en mi camino. ¿Pero a qué viene eso ahora?

—Nada... No sé por qué lo he dicho. Perdóname.

Silvia Balmoral bebió un sorbo de la cerveza que había pedido.

—De todos modos olvidemos lo de Avernus, ¿eh? —murmuró—. No volverás a repetir el numerito.

—No volveré a repetirlo.

—Pero hay algo asombroso. Me gustaría conocer al hombre que te maquilló.

—¿Por qué?

—Es un genio.

—No veo la razón —musitó Anthony, con gesto algo desabrido—. Es simplemente un hombre que conoce su oficio.

—Pero aun así resulta admirable. Los que te vieron en el parking de Hyde Park dijeron a la policía que eras exactamente igual que el dibujo aparecido en el Daily Mail. Es decir, igual que el monstruo aparecido en las alcantarillas, muy cerca de aquí.

Rafols rio sin ganas.

—Por supuesto que era igual. El maquillador tenía como modelo el propio dibujo aparecido en el periódico.

—Pero aun así ha resultado asombroso...

—Tal vez.

—Me gustaría conocer a ese hombre.

—¿Por qué?

—¿No te das cuenta? ¡Es un artista! ¡Puede transformar a cualquier persona! ¡Conseguir lo que quiera! Y si vive tan cerca de aquí, ¿por qué no conocerlo?

—No creo que le guste.

—Está bien, Anthony. Si a ti te molesta...

—¿A mí? ¿Por qué va a molestarme? Lo que ocurre es que el asunto no me gusta. Tú misma lo has dicho: es peligroso. Y, por lo tanto, a ese hombre cuanto menos lo mezclemos mejor.

—En eso no te falta la razón, Anthony.

Silvia terminó su cerveza y se puso en pie.

Estaba nerviosa.

—De todos modos dile una cosa de mi parte —balbució—. Si se

ve en algún peligro por mi causa, si necesita algo, yo le ayudaré. Quiero que lo sepa. No voy a dejarle en la estacada si por mi causa le sucede algo.

—Descuida, se lo diré.

Los dos se dieron la mano.

Hubieran podido besarse, a pesar de los semidormidos clientes del café, porque un beso ya no llama la atención en ninguna parte, y menos en Londres. Pero quizá se sentían nerviosos o quizá las circunstancias les habían convertido en sus prisioneros. No se besaron.

Cuando salieron del café, había vuelto la niebla.

Aquella niebla agobiante, pegajosa, densa...

La niebla que tapa las calles y que convierte en fantasmas incluso a los policías de Londres.

CAPÍTULO XIV

OTRA vez la noche.

Mientras miraba la negrura desde su ventana, Silvia Balmoral pensó que no sabía bien lo que le estaba ocurriendo. ¿Por qué iba a tener miedo de la noche? ¿Por qué iba a tenerlo precisamente ella, que nunca se había asustado ante nada?

Pero no podía evitarlo.

Se sentía como sobrecogida, como asustada.

Pensaba que mil ojos misteriosos la estaban acechando desde las ventanas de Londres.

Quizá para sentirse más acompañada, conectó la televisión. Un conocido locutor de gafas oscuras estaba en pantalla. A Silvia siempre le había parecido de mala educación mostrarse en público con gafas oscuras, como si uno llevara un antifaz. Pero lo que decía el locutor era interesante. Se refería, ¿cómo no?, al caso que acaparaba la atención de toda la capital. Al caso de Avernus.

—...y la policía está investigando incansablemente en la red de alcantarillado donde apareció el monstruo ahora va a hacer veinticuatro horas. Se trata de una de las redes más antiguas de Londres, por lo que en principio tiene recovecos, desperfectos y pequeñas grutas donde Avernus pudo haberse ocultado con cierta comodidad. Incluso este caso ha puesto al descubierto la circunstancia de que el municipio se ha ocupado hasta ahora muy poco de la conservación de nuestra vieja red de alcantarillado, ya que determinados desperfectos no habían sido reparados desde la época de la reina Victoria. Como se comprenderá, investigar en ese laberinto es tarea de semanas. Mientras tanto, ¿quién lo niega?,

Avernus puede seguir escondido allí, dispuesto a asestar otro de sus mortíferos golpes...

Silvia se sintió más inquieta aún.

Era absurdo, pero hasta aquello la asustaba.

Apagó el televisor y marcó el número de Sally, quizá porque al oír su voz se sentiría más acompañada.

Pero el timbre sonó larga e inútilmente al otro lado del hilo. Transcurrieron dos largos minutos sin que nadie descolgase.

Sally debía estar fuera. Quizá había ido a un teatro o a ver una película.

Entonces la hermosa muñeca marcó el número del Balmoral Institute. Un número de línea privada que ella conocía muy bien.

Le contestó la voz cansada de Mallory.

—Hola, Silvia.

—¿Aún sigues ahí, Fred?

—Sí. No me he movido.

—¿Adelantas mucho?

—Acabo de hacer mi última experiencia. Creo que podré operar a Sally según una técnica nueva, sin dañar las partes descubiertas de su cerebro. Mi mano, afortunadamente, ya empieza a estar más firme, pero... pero no sé si podré tener confianza.

Silvia casi se sintió conmovida ante el esfuerzo gigantesco de aquel hombre.

Y se preguntó hasta qué punto tenía derecho a burlarse de él.

Pero maquinalmente preguntó:

—¿Estás decidido a seguir hasta el fin, Fred?

—Hasta el fin.

—¿Y si ella no quiere operarse?

—Pronto lo pedirá a gritos, desgraciadamente. Mejor dicho, no creo que tenga ocasión ni de pedirlo. Perderá el conocimiento y ese será el principio del fin.

La seguridad con que Mallory hablaba, casi impresionó a Silvia.

Pero ésta dijo burlonamente, sin poder evitarlo:

—Tendrías que hacer un informe por escrito. Un informe que pudiera editarse, porque seguramente tendría mucho interés para la clase médica.

—Justamente lo estoy haciendo ahora. Me sirve para ordenar mis pensamientos.

Silvia pensó: «Muy bien. Y así harás el ridículo con firma y rúbrica, muchacho».

Mallory preguntó impulsivamente:

—¿No contestas nada?

—Perdona, estaba pensando.

—Silvia, perdona lo que voy a decirte, pero... pero necesitaría verte.

—¿Para qué?

—Pues..., pues quizá no sepa decirlo. Al menos no sé decirlo así, por teléfono. ¿Por qué no voy a verte un momento?

Silvia supo de qué se trataba. Lo intuyó.

Para que nada faltara, aquel pobre loco se había enamorado de ella como un perro.

—No, Fred —musitó—, mejor que no vengas ahora.

Y colgó.

No sabía bien por qué, pero se sentía cada vez más intranquila.

Era como una prisionera de su propia trampa.

Dio unos pasos por la habitación. Su nerviosismo aumentaba. Pensó que quizá no había obrado bien.

Todo su plan se basaba en el engaño, en abusar de la confianza de los demás. ¿Pero no es así, abusando de su confianza, como los demás muestran sus defectos? De lo contrario los ocultan.

Claro que eso no disculpaba a Silvia Balmoral. En este momento tenía un triste concepto de sí misma. Y pensó que no era justo que un hombre inocente, el maquillador, pudiera verse envuelto en un conflicto por culpa de su plan.

Definitivamente iría a verle.

Incluso le entregaría dinero para salir del país.

De modo que Silvia Balmoral hizo un gesto de decisión, se puso el abrigo y salió para perderse en la noche de Londres.

CAPÍTULO XV

LA casa.

Aquella casa perdida entre la niebla, solitaria, cargada de años y de silencio. La casa ante la cual había llegado con Rafols, y donde vivía el maquillador conocido por éste.

Sólo una débil lámpara brillaba en las cercanías. A causa de la niebla, la luz de mercurio no llegaba a disipar las sombras.

Silvia entró.

Todos los pisos estaban deshabitados, quizá porque «la casa amenazaba ruina. Lo que antes habían sido pisos se mostraban como extrañas cavernas donde pululaban las sombras de la noche. Silvia pensó que era bien triste que un hombre que había trabajado toda la vida tuviera que pasar sus últimos años allí.

Llegó ante la única puerta que estaba cerrada y tras la cual podía haber alguien.

La empujó.

Estaba entornada solamente.

Una luz mortecina, funeraria, llegaba desde el fondo del pasillo. Era una luz de velatorio, una de esas luces que únicamente pueden elegirse para los cadáveres.

¿Y Anthony Rafols había estado allí? ¿Anthony Rafols, el distinguido gentleman, tenía un amigo en aquel sitio?

La muchacha avanzó.

Silencio. Soledad. Sombras espesas que parecían girar lentamente.

Las puertas que crujían.

Silencio. Soledad. Sombras espesas que parecían girar lentamente.

Las ventanas de cristales rotos por las que entraban lentos los jirones de niebla.

Silencio. Soledad. Sombras espesas que parecían girar lentamente.

El ruido de sus propios pasos.

¡Un grito que helaba la sangre de Silvia!

Sus propios pasos que despertaban ecos dormidos en las habitaciones.

Unos pasos que..., ¿que se repetían en otro sitio?

¿Que despertaban dormidos ecos?

¿Unos roces que llegaban hasta ella?

Silvia Balmoral se volvió.

Notaba que le temblaban los párpados.

Y sentía frío hasta en las uñas. Sentía un frío que no había sentido jamás, que no le llegaba a través de la piel, sino que le brotaba de los huesos hacia afuera.

Aquellos roces...

¡Alguien estaba tras ella!

Silvia Balmoral se volvió poco a poco.

Y entonces lo vio.

Al monstruo...

...¡Al propio Avernus!

CAPÍTULO XVI

SILVIA sintió sus pies clavados en el suelo. Era absolutamente incapaz de reaccionar. Sintió que la cabeza le daba vueltas y que se le secaba la boca.

Nada de gritar.

¡No podía!

Nada de huir.

¡Sus pies se negaban a moverse!

Avernus avanzó poco a poco hacia ella.

En sus ojos inhumanos brillaba una chispita de humanidad, pero en su aspecto más negativo y más abyecto: ¡una chispita de odio!

Silvia llevó poco a poco las manos hasta su garganta. Veía aquellas horribles zarpas. Miraba las uñas que poco después iban a despedazarla.

Y no le dio miedo la muerte, sino tan sólo aquella manera espantosa de morir.

Y de pronto sus músculos le obedecieron.

Fue el propio miedo lo que la movió. Fue el miedo el que hizo que sus pies brincaran.

Saltó hacia atrás cuando la zarpa iba a caer sobre su garganta.

Corrió como una loca pasillo adelante. Ante sus ojos desfilaban las puertas, las ventanas, como en una película de pesadilla. Todo se mezclaba, todo se confundía en una especie de vorágine de horror. Distinguió a través de las ventanas algo muy confuso: el solar de Whitechapel donde la noche anterior había aparecido la mujer asesinada. ¡Eso significaba que la casa en que estaba tenía

salida a dos sitios!

De pronto los pies de Silvia dejaron de pisar en firme. El suelo había cedido. Una trampa acababa de abrirse bajo sus plantas.

La muchacha chilló mientras caía.

Chilló desesperadamente, descargando así todo su horror, aunque sabía que nadie iba a escucharla.

No cayó demasiado, sin embargo.

Posiblemente una persona menos joven y menos ágil se hubiera ido al fondo, pero ella logró asirse a unos aros de hierro que sobresalían de las paredes de aquella especie de pozo. Aunque todos sus huesos crujieron y tuvo la sensación de haberse roto algo, aquella monstruosa caída en picado cesó. La muchacha empezó a descender sujetándose a las abrazaderas de hierro, pensando que así tal vez lograría escapar de la persecución de Avernus.

No supo cuánto tiempo hubo de estar así.

Aquel era un pozo que parecía no tener fin.

Y de pronto la envolvió un aire fétido.

De pronto se encontró en el sitio que menos esperaba.

Se encontró en... ¡en las cloacas de Londres!...

CAPÍTULO XV

DE repente lo comprendió todo. De pronto sus dudas se disiparon, pero penetró en ella con más fuerza que nunca el cuchillo del horror.

Avernus podía ocultarse en caso necesario en aquella casa deshabitada. Podía maquillarse y desmaquillarse allí, porque ahora Silvia estaba segura de que no se trataba de un monstruo, sino de un hombre. Y podía ir de un sitio a otro de Londres a través de las cloacas, que conocería como sus propias manos.

La muchacha miró hacia arriba.

¡Y notó que Avernus la seguía!

¡Estaba descendiendo también!

¡Avernus era más ágil que ella!

Silvia quedó como paralizada en el bordillo viscoso, incapaz de seguir. Otra vez sus fuerzas se habían agotado, y ella sabía ahora que la crisis era definitiva.

No podría escapar.

Estaba perdida.

La zarpa avanzó poco a poco hacia su garganta.

—Lo siento, muñeca —dijo la voz—, pero esto tenía que llegar. De todos modos tú eres la última persona a la que quisiera haber matado.

La voz...

La lúgubre voz...

Y sin embargo tan familiar, tan conocida... ¡La voz de Anthony Rafols!

Silvia tenía las manos quietas junto a su garganta.

Claro que así no podría defenderse de los zarpazos mortales, porque las uñas de que estaba provisto el monstruo eran mucho más poderosas. Pero tampoco intentaría defenderse. Su destino estaba ya marcado y ella lo aceptaba. Quizá lo tenía merecido...

La voz continuó:

—El maquillador no existe. Yo mismo lo dispuse todo, tras prepararlo durante largo tiempo. Pero supe que vendrías aquí, a conocer a ese maquillador fantasma, porque demasiadas veces, durante nuestra última conversación, manifestaste el deseo de verle... Por tanto te esperé. Puestas las cosas así, tu muerte se había hecho ya inevitable.

Silvia no podía hablar.

Todo aquello le parecía como una sinfonía lejana y macabra.

—Claro que al principio no maté —continuó la voz—. Para sentirme poderoso me bastaba pasear por entre estas viejas ruinas y pensar que era más fuerte que cualquiera. Una noche alguien me vio: era Barton, ese dibujante, que estaba tendido en el solar, borracho perdido. Él pensó que soñaba, pero en realidad me vio. Cuando su editor le pidió que dibujase un personaje monstruoso y fantástico, ese personaje no podía ser más que yo... Durante un tiempo me divertí el asunto. Seguí a aquel hombre, me enteré de sus actividades... Y luego quise probar la muerte. Quise ser poderoso de verdad. ¡Quise demostrar que se habían equivocado conmigo al humillarme, al mandarme todos! ¡Yo era más poderoso que los demás! ¡Más fuerte! ¡Más listo! ¡Yo podía aterrorizar a una ciudad entera! ¡Tenerla en el bolsillo! ¡Dominarlaaaa! ¡Destruirlaaaa!...

Las uñas de Silvia se habían clavado en su propia garganta.

Se daba cuenta de que estaba ante un loco.

Un loco que había decidido ya su muerte.

Sintió como una náusea y de pronto aquel fin ya no le pareció tan angustiioso. Era mejor acabar, acabar... Acabar cuanto antes. Y bajó las manos poco a poco para que el monstruo pudiera atacarla mejor.

—Está bien. Anthony... Tú serás el más fuerte algún día entre

rejas, ahora que han suprimido la pena de muerte. Acaba de una vez... ¡Acaba!

Las zarpas volaron hacia ella.

¡Y en aquel momento algo pareció volar desde el espacio! ¡Algo cayó sobre el monstruo! Algo... ¡Un hombre!...

* * *

Silvia se dio cuenta confusamente de que aquel hombre había descendido por el mismo pozo que ellos dos, y que apenas se distinguía en el techo agrietado. Había saltado en el último momento, dejándose caer a plomo sobre Avernus.

Y ahora se hundían los dos en el agua fétida, a la luz irreal de las bombillas. Porque esa condenada noche estaban iluminadas todas las alcantarillas de Londres.

Los dos chapoteaban.

Ahora sí que Avernus parecía un monstruo prehistórico surgido de las entrañas más ignoradas de la tierra.

Y Mallory, pues él era quien había saltado, se estaba jugando la vida para salvarla a ella. Se estaba exponiendo a una muerte horrible. ¡Se había ofrecido, como víctima para que ella escapara!...

Pero la muchacha no podía escapar.

Ahora sus pies seguían clavados en el suelo.

Vio que del agua fétida surgía sólo una de las dos figuras.

Y entonces chilló.

Chilló angustiosamente, hasta enloquecer.

¡Porque el que salía era Avernus!

CAPÍTULO XVIII

LOS ojos desencajados de la muchacha le contemplaron.

Nada hay peor que ver regresar la muerte cuando uno ya ha tenido esperanzas de esquivarla. Ahora a Silvia su fin le pareció doblemente abyecto. Y sintió asco de sí misma porque había empujado a la muerte a un hombre de buena voluntad. Ella, al fin y al cabo, era la única responsable del trágico fin de Mallory...

¿Pero qué pasaba?

¿Por qué se bamboleaba Avernus?

¿Por qué se sujetaba al aire?

Fue entonces cuando lo comprendió Silvia. Mallory le había retenido tanto tiempo la cabeza bajo el agua que el corazón de Anthony había fallado. Si se izó al exterior fue en un espasmo, el último espasmo. La definitiva y patética contracción del cuerpo antes de morir.

Alzó un poco los brazos y se derrumbó.

Silenciosamente fue arrastrado por las aguas, mientras Fred Mallory se alzaba poco a poco.

También estaba al borde de sus fuerzas.

Con una lentitud casi agobiante, porque ya no podía más, consiguió quedar tendido en el bordillo, fuera del agua. Silvia se inclinó sobre él. Le ayudó a izarse en el peor momento.

—Mallory... —susurró—, Mallory...

Era el único nombre que acudía a sus pensamientos. El nombre del que le había salvado la vida, del que lo había dado todo por ella.

—Mallory...

Él barbotó:

—He venido a verte después de hablar contigo... Te he visto salir al llegar a tu casa y te he seguido... hasta... hasta aquí. Pero por poco no llego a tiempo. Al ir a verte quería decirte que... que...

Silvia tembló.

Bebía ansiosa aquellas palabras.

—¿Qué querías decirme, Fred? ¿Qué?...

—Bueno, pues... Quizá nada.

—Estás herido, Fred. Necesitas que alguien te atienda enseguida. Puedes morir...

—¿Morir? —susurró él mirándola intensamente por primera vez, sin disimulos—. Escucha, nena, si no estuviera tan sucio te demostraba aquí mismo, y sin testigos, que de muerto nada...

CAPÍTULO XIX

CUANDO llegaron al Balmoral Institute, sin dar aún parte a la policía de lo que había ocurrido —puesto que para eso les quedaba tiempo— se dirigieron cada uno a una ducha. Realmente les hacía falta. Silvia tenía allí ropas para cambiarse, y en cuanto a Mallory, pudo disponer de un equipo de cirujano para salir del paso. Entonces y sólo entonces decidió la muchacha llamar a la policía.

Pero antes disco el número de Sally.

Quería pedirle que no siguiera con aquella comedia.

Decirle que Fred Mallory era el hombre mejor del mundo, aunque de medicina no entendiera gran cosa.

Decirle que los dos... Bueno, pero eso ya vendría luego.

Disco el número, efectivamente.

Y al instante llegó la voz alterada de Mara, el ama de llaves.

—¡Señorita Silvia! ¡Gracias a Dios que ha llamado! ¡Estoy intentando localizarla por todas partes! ¡Hace poco han traído aquí a la señorita Sally! ¡Por todos los santos! ¡Yo diría que se muere!... Al volver del club de tenis ha perdido el conocimiento en el coche y ha quedado en una calle solitaria hasta que la ha descubierto alguien. ¡Venga pronto, señorita Silvia! ¡El médico dice que es algo cerebral! ¡Que hay que operarla enseguida!

Silvia Balmoral no pudo ni contestar.

El auricular cayó de sus manos sin fuerzas.

Era como una bofetada pero no en el rostro, sino en el alma. Una bofetada que la aniquilaba por completo. Que la destruía por dentro.

Miró a Fred Mallory.

Sus ojos claros, limpios.

Su boca de dibujo firme.

Comprendió que él había adivinado su conversación.

—Tenía que producirse de repente —bisbiseó él—. Los médicos que la han visitado antes no se fijaron bien.

Silvia sintió que se crispaba su garganta.

—¡Fred! ¡Fue una terrible broma! —aulló—. ¡Una broma vergonzosa! ¡No la visitó ningún médico! ¡No había análisis! ¡No hicimos nada, sino querer burlarnos de ti!

Y cayó de rodillas, abrazándose casi a las piernas del hombre, mientras sollozaba espasmódicamente.

Era por primera vez de verdad una mujer.

Una mujer vencida, humillada.

Y sin embargo nunca se había sentido tan completa.

Tan llena de esperanza.

Tan mujer...

—Dime que la salvarás, Fred —bisbiseó—. Dime que la salvarás... ¡Que lo lograrás a pesar de todo!

—Claro que lo lograré —musitó él—. Claro que lo lograré, Silvia. Para eso he estado estudiando el caso día y noche. Haz que la traigan. ¿Tú crees que más tarde me atrevería a decirte que te quiero habiendo de por medio una muchacha muerta?...

EPILOGO

EL dibujante Barton, que había ido tirando hasta entonces, pero que de repente se había convertido en un hombre famoso en todo el país, estaba abrumado de trabajo. Todo el mundo, después de aclararse el siniestro asunto de Avernus, quería que dibujase personajes. Los editores le asediaban. Los directores de los mejores periódicos le ofrecían sus páginas.

Total, que Barton podía permitirse el lujo de rechazar trabajo.

Y de pagar sus deudas.

¡Y hasta de ahorrar!

Pero el encargo que recibió aquella mañana en su nuevo estudio de Pall Mall no podía rechazarlo. Era una carta en la que Silvia Balmoral, señora recién casada, le pedía que le ilustrase su libro.

Un libro no con tres historias, sino con una sola.

La historia de sus relaciones con Avernus y sus relaciones con Fred Mallory.

Nada de reírse de nadie.

De todos modos iba a ser un *best-seller*.

Una bomba.

Cualquiera puede pensar que un libro así había de tener un título truculento.

Un título de los que llaman la atención y hacen estremecer al honrado burgués ansioso de noticias y de emociones.

Pero no.

Nada de títulos truculentos. Nada de alardes. Nada de demostrar que ella era más lista que nadie. Todo lo contrario.

El título que Silvia Balmoral, señora recién casada, había sugerido para su libro, era sencillamente éste:

«CÓMO SE ENAMORA Y CÓMO SE CASA UNA TONTA.»

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España